

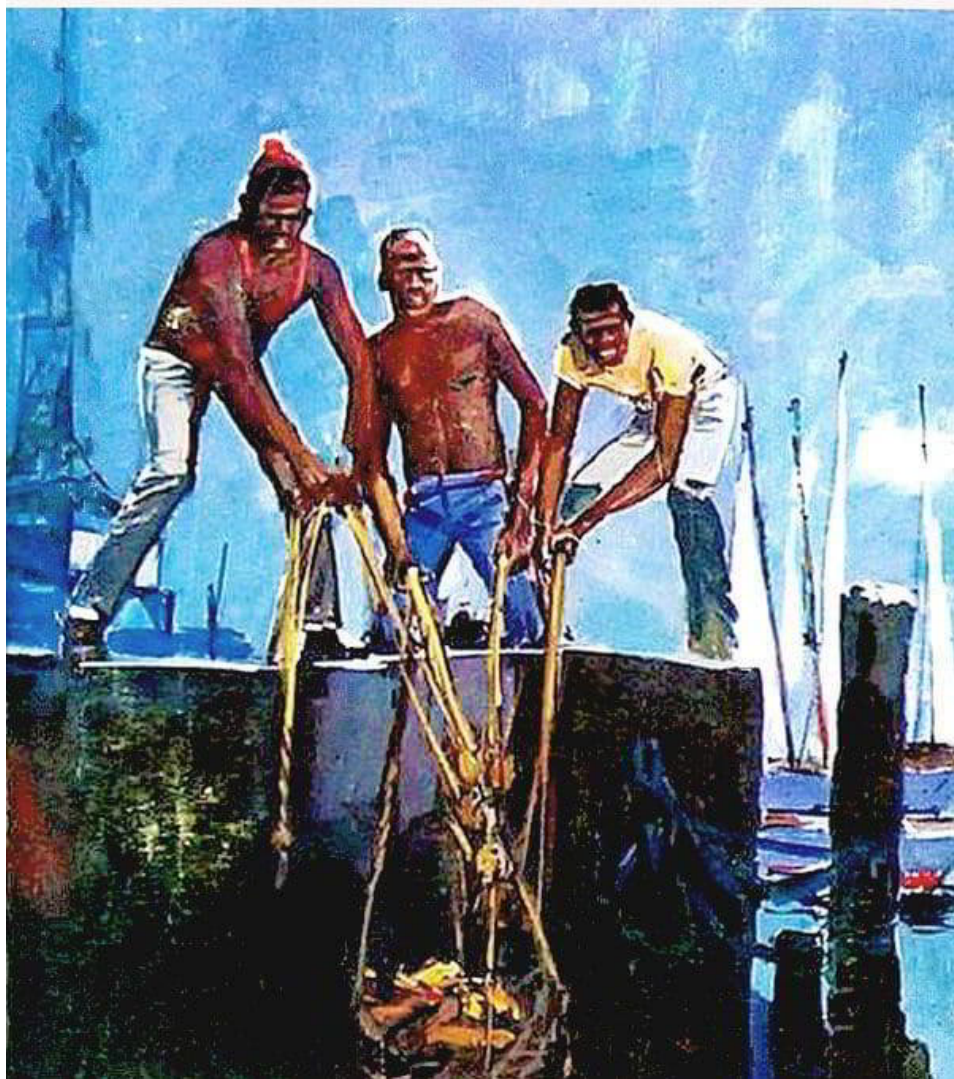
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

demasiado, para un negro

Kelltom McIntire



—Entonces..., ¿no vas a ayudarme, Paul? —preguntó la mujer con un trémolo de desesperación.

Se retorció nerviosamente las finas manos, dominada por la más intensa angustia.

El hombre que permanecía en pie ante ella no contestó inmediatamente.

Tenía medio cigarro en la mano izquierda, y miraba sin interés a través de la ventana.



Kelltom McIntire

Demasiado, para un negro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1303

ePub r1.0

Lds 24.07.18

Título original: *Demasiado, para un negro*

Kelltom McIntire, 1975

Cubierta: Desilio

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Entonces..., ¿no vas a ayudarme, Paul? —preguntó la mujer con un trémolo de desesperación.

Se retorció nerviosamente las finas manos, dominada por la más intensa angustia.

El hombre que permanecía en pie ante ella no contestó inmediatamente.

Tenía medio cigarro en la mano izquierda, y miraba sin interés a través de la ventana.

Al otro lado de los cristales se divisaba un sucio patio de vecindad, donde algunos críos jugaban sobre el barro.

—Mira, Lizza, el hecho de que yo sea un policía no me convierte en un dios omnipotente. Me ocupo de cosas vulgares, tengo que aguantar a tanta gente que me desagrada... Y todo eso me subleva, porque antes... Bueno, tú lo sabes: yo estaba acostumbrado a solucionar mis problemas personalmente —dijo el hombre con voz monótona, simulando indiferencia.

Lizza sabía muchas cosas acerca del policía.

Tres años atrás, Paul Jonathan Barton era un buen boxeador. Maldita la falta que le hubieran hecho, entonces, los podridos y escasos dólares que ahora cobraba en la policía.

Tiempo atrás... En Harlem, decir Paul Ash^[1] Barton era suficiente para armar un tumulto. Desde el Box Maker Stadium hasta el confín del barrio, es decir, Central Park, Ash Barton había sido conducido en hombros docenas de veces hasta la casa que poseía junto al parque.

A pesar de la angustia que embargaba su ser, Lizza no podía sustraerse a los recuerdos.

Era una época dorada. Entonces —¡todavía!— los muchachos de

Harlem se golpeaban a puñetazos por ser los primeros en penetrar en el banderín de enganche de los *marines*. Por entonces comenzaba a pelearse en Vietnam.

Por aquellos tiempos, Lizza cantaba en el Dixieland Tavern, un club que acababa de abrir Ray Sugar Robinson, el famoso boxeador de color, retirado hacía muchos años.

Una sonrisa amarga distendió los sensuales labios de Lizza, al compás de sus recuerdos.

Una noche, Paul había llegado al Dixieland, acompañado por su acostumbrado séquito de admiradores y admiradoras.

Cuando Ash escuchó la dulce y rítmica voz de Lizza, que interpretaba un viejo *blues* de Nueva Orleáns, Paul supo librarse de aquella cohorte de seguidores, y anduvo entre las mesas hasta aproximarse al estrado.

Tenía una voz ronca y potente, que se hizo oír por encima de la de la cantante, e incluso de la orquesta de *jazz*:

—¡Lizza! ¡Baja de ahí, si quieres casarte conmigo esta misma noche...!

Cierto que había bebido mucho Paul, pero también lo era que deseaba intensamente a Lizza Negro.

Trumpet Jones, uno de los músicos, separó la trompeta de sus gruesos labios y se le quedó mirando, rabioso.

Por entonces, Jones se había erigido en guardaespaldas personal de Lizza... sin que a ella le hubiese pasado por la imaginación solicitar un guardaespaldas.

De pronto, Paul Ash Barton subió de un salto al estrado, y abrazó a la cantante. Su acción, desde luego, originó un tremendo tumulto.

Unos aplaudían a su ídolo, otros se mostraban coléricos y amenazadores. Y a la cabeza de los últimos estaba Trumpet Jones, que arrojaba chispas por los ojos.

—Vamos, nena —dijo el boxeador. Y quiso arrastrar a Lizza lejos del estrado.

Jones entregó su trompeta a uno de los músicos, y se lanzó sobre Ash Barton.

Trumpet había luchado durante cinco años en el *catch*, pesaba unos ciento treinta kilos y era un individuo temible.

En cualquier caso, Trumpet agarró a Barton por un brazo,

dispuesto a pelear.

—Está bien, chico. Déjalo —dijo Ash, de buen humor. Pero Trumpet, que amaba a Lizza, alzó su enorme puño y golpeó al boxeador en el rostro.

Con una facilidad que le valió un aplauso estremecedor, Ash encajó el golpe, se volvió y golpeó al músico en el hígado.

Lo que siguió fue tremendo.

Baste decir que el club Dixieland quedó destruido casi en absoluto. La policía hizo acto de presencia hacia el final, y numerosas personas fueron detenidas.

Aquella noche, unas sesenta personas fueron a parar a la estación de policía de Lennox.

No es necesario ser negro para hacerse una idea del jolgorio que ello supuso, pero voy a explicarles brevemente el ambiente del club Dixieland para que comprendan la situación en toda su amplitud.

El Dixie era un local —ya ha desaparecido— donde los clientes acudían por una de estas dos razones: para beber o para escuchar a Lizza Negro. Desde luego, el apellido Negro era un sobrenombre artístico-tendencioso, porque Lizza se llamaba, en realidad, Congrill.

Lizza tenía fama de rebelde, y era partidaria de la emancipación de las gentes de color. Siendo una magnífica cantante de *jazz* y una bellísima mujer de color, no es difícil imaginar que Lizza Negro era el ídolo de los jóvenes políticamente avanzados de Harlem.

Cuando los coches celulares de la policía atravesaron las calles de Harlem, en uno de los automóviles alguien comenzó a cantar, con voz potente y rítmica.

Era Lizza, desde luego.

Su voz pastosa y profunda fue escuchada por los detenidos que viajaban en los demás coches celulares:

*Harlem, Harlem, black colored, the best people you
can to meet.*

¡Hurrah, hurrah, hurrah for Harlem...!

Inmediatamente, su sedicente canción fue entonada a voz en cuello por las sesenta personas que marchaban en los coches de la

policía.

Al llegar a la calle Ciento Cuarenta y Tres, unos cincuenta automóviles particulares seguían a los coches celulares. Y sus conductores y ocupantes entonaban también el entusiástico ¡*Hurrah, Harlem!*, dominados por el más encendido frenesí.

Lo que había comenzado como una redada de la policía, terminó en una fiesta de incalculables proporciones.

No había más que contemplar la calle Lennox, completamente embotellada por centenares de automóviles, los presos asomados a las ventanillas cantando sin cesar, y miles de personas en las aceras, coreando su canción.

El capitán de la estación de policía, Anastasius Monroe, un hombre de color, muy liberal, contempló el «panorama» a través de los cristales de su despacho, y se apresuró a pedir refuerzos a las cercanas comisarías.

En medio del entusiasmo popular, Lizza Negro, Ash Barton y Trumpet Jones descendieron de los coches, como estrellas asistentes a una *première* de Hollywood, seguidos de los demás detenidos, que ascendieron los siete peldaños de acceso a la comisaría, cantando y bailando.

No hubo ningún mal modo por parte de los detenidos. Y los policías, que eran negros como ellos, lo tomaron a guasa.

En cadenciosa y ondulante fila, atravesaron los húmedos pasillos del cuartel de policía, y fueron penetrando en las celdas.

Allí, en los primeros minutos, el jolgorio fue mayúsculo. Luego, alguien exigió silencio, y pidió a Lizza Negro que entonase el *Alabama Bailad*.

—¿Por qué no? —respondió alegremente la cantante, a pesar de los perentorios ademanes de los policías para que callara.

La voz pastosa e insinuante comenzó a cantar la bellísima melodía. Improvisados baterías hicieron uso de paredes y barrotes para acompañar a Lizza.

Fue el delirio.

El delirio, dentro de un orden admirable. Porque nadie gritaba ni gesticulaba. Había llegado el momento de escuchar a Lizza Negro... en prisión.

Todos callaban y escuchaban religiosamente.

Luego; cuando Lizza terminó, Ash Barton y Trumpet Jones

comenzaron a pelear.

Fue una pelea noble y dura, y la victoria fue para el mejor.

Dieciocho agentes de policía ocupaban el pasillo. Pero ninguno de ellos podía ver nada, por encima de la barrera humana que se agitaba al otro lado de la reja.

Y al otro lado...

Trumpet Jones, que había sido discípulo de Louis Satchmo Armstrong y un regular luchador de *catch*, yacía inmóvil sobre las baldosas de la celda.

Al fin, se removió y alzó la cabeza, sabiendo que la atención general estaba puesta en él.

Resopló como una foca, arrojó un espumarajo sanguinolento al suelo y tosió secamente.

Luego, se puso en pie, sonrió y ofreció su mano a Ash Barton.

—Tú ganaste, negro. Ahora sólo tienes que conquistarla —dijo en voz alta, con su arrastrado acento de Louisiana.

Una carcajada de entusiasmo acogió sus palabras.

Ash apretaba todavía la gruesa mano de Jones, cuando éste movió el puño izquierdo y le asestó un gancho alucinante.

Ash cayó de espaldas y quedó inmóvil. Estaba *groggy*.

Algún tiempo después volvió en sí. Miró a Trumpet sin rencor y sonrió.

—Buen golpe, viejo —alabó—. Hubieras sido un buen boxeador.

La multitud aplaudió a rabiar. Y ahí quedó todo.

Luego, Ash quiso acercarse a Lizza. Pero había dos muchachitas cubanas, que estaban bailándose un «agarrado», y le fue imposible acercarse a ella.

Más tarde, una joven universitaria del Congo-Kinshasa elevó su voz limpia y vibrante, entonando una exótica canción africana.

Lizza cantó a dúo con la muchacha. Y el coro se fue formando poco a poco, arropando sus voces.

Fueron unos momentos especialmente emocionantes. Unos instantes de absoluta entrega a la música, a la más pura expresión del alma negra por parte de sesenta alegres personas de color.

A las cuatro de la madrugada sólo canturreaba Morris, un viejo que poseía una boyante lavandería en las proximidades de Littlemore Lane.

Fue entonces cuando Paul Barton se acercó a Lizza.

La miró despacio, con gran intensidad. Detalló su silueta ágil y esbelta. Silueta de pantera.

Y sus ojos oscuros, su piel canela fuerte, su cuello largo como el de un cisne.

—Cásate conmigo, Lizza —pidió con voz ardiente. Y añadió—: No me pesa estar aquí, en la cárcel, porque contigo he pasado la mejor noche de mi vida. Quizá mañana Bob Thunder Davis me grite cuando llegue tarde al gimnasio. Pero qué importa todo eso, si tú quieres ser mía...

Ella le miró con un brillo intenso en los ojos. Y su mano derecha fue a unirse, leve, a aquella otra fuerte y dura de Ash Barton.

El hombre se estremeció al contacto. El deseo le embargó, tan candente como un baño de plomo líquido.

¿Qué podía contarse de su historia con Lizza Negro?

Nada.

La había conocido, un día, en Dixie. Y la había admirado. Y deseado.

Ahora comprendía que era algo más: la amaba. Y deseaba tenerla con él. Para siempre.

Esperaba la respuesta. Con la garganta seca, los labios entreabiertos y las aletas de su nariz —aquella nariz, demasiado perfecta para un negro— distendidas en ansioso rictus.

—No puedo, Ash —murmuró Lizza, con amargura—. No puedo casarme contigo. Búscate a otra. Las tienes a docenas, lo sé bien. ¡Búscate otra!

Ash la miró fijamente durante unos instantes. Morris roncaba ya en su rincón, con estrépito.

Luego, Paul se apartó de Lizza en silencio. Buscó otro rincón, se puso en cuclillas y ocultó el rostro entre las manos.

* * *

Al amanecer, un policía abrió la puerta de la celda.

—Salga —le dijeron.

En el cuerpo de guardia, un oficial de policía le explicó a Ash Barton algo relacionado con cierta fianza prestada por su preparador, Bob Thunder Davis.

Ash no le prestó mucha atención.

Al bajar los peldaños que llevaban a la calle, vio a Lizza, que avanzaba unos pasos delante.

También ella le vio. Pero desapareció enseguida, en el automóvil de un amigo.

Entonces Ash descendió a la calle, y caminó como un autómatas, sin rumbo fijo.

Tras la juerga nocturna, las horas del amanecer venían para Paul impregnadas de tristeza.

Amaba a Lizza. Con toda su alma, según sabía ahora.

Pero no había podido conseguirla. Y el fracaso llenaba su corazón de íntima amargura.

CAPÍTULO II

Y ahora, cinco años después, el teniente detective Paul Barton se encontraba otra vez frente a Lizza Negro.

¿Cuántas cosas habían cambiado?

Muchas. Pero otras seguían siendo igual.

Ash tenía el mismo rictus belicoso en sus labios —demasiado delgados para un negro— medía el mismo metro noventa y ocho centímetros de estatura. Y, probablemente, a juzgar por su esbelta silueta, los mismos cien kilogramos de peso.

Pero Lizza no debía engañarse: no todo seguía siendo igual.

En primer lugar, Ash Barton tenía treinta y un años, no veintiséis.

También sus ojos claros habían cambiado. Había en ellos un tono gris, como un poso de amargura... ¿O era la luz cenicienta que penetraba por la estrecha ventana?

Tampoco Barton era boxeador ya, Sino policía. Algo muy mal visto por la gente de Harlem. Casi tan malo como ser universitario... y Ash se había graduado.

De reojo, Lizza advirtió que algunas hebras plateadas habían surgido en el cabello de Paul, hacia las sienes.

Aquel tono plateado le sentaba bien al policía. Lizza se dijo que las canas le daban personalidad y cierta distinción.

—Siéntate, por favor —invitó.

—¿Para qué? —respondió él, sin apartar sus ojos de la ventana—. No estoy cansado. En comisaría, me paso las horas sobre un sillón.

Estaba dolido. Y tenso. A Lizza no se le podía escapar el estado de nervios del policía.

—Como quieras —respondió.

Un estertor violento se escapó del pecho de la mujer.

—¿Te he hablado de *Gin-Belle*? —preguntó, temblorosa—. Es una niña de apenas catorce años, una criatura preciosa, Paul. Y hoy... hace... ya quince días que desapareció.

—Algo he oído —dijo el policía, con voz átona.

Lizza se agitó en un sollozo hondo. Durante unos minutos calló. La pena le impedía seguir hablando.

Pero el teniente Ash Barton no se acercó a acariciar sus lisos y sedosos cabellos.

—La... dejé ir sola a la escuela superior de la calle Ciento Veinticinco, Paul...

—¿Por qué no me llamas Ash, como siempre? —La interrumpió con cierta brusquedad el policía—. Hasta los delincuentes me siguen llamando por mi antiguo apodo...

—Está bien, Ash... *Gin-Belle* no regresó a la hora del almuerzo —siguió Lizza, con humildad—. Imaginé... pensé que quizá se había comprado un par de bocadillos en el bar de Tom DeBeere. Pero no fue así, según me dijo Tom. Y luego... fui a la comisaría... Y me dijeron...

Dejó de hablar. Su pecho se estremecía de angustia.

El teniente Barton sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en los labios, que encendió con un mechero dorado.

—Sigue —pidió.

Lizza separó rabiosamente sus manos del bellissimo rostro bronceado.

—¿Para qué..., maldito negro? —gritó—. ¿Para qué..., si sigues ahí cruzado de brazos, quizá sonriendo desde tu pedestal, quizá burlándote interiormente de esta pobre negra...?

Había sido un estallido incontrolable de violenta furia. Una explosión irrefrenable de una mujer desesperada.

Barton se movió, inquieto.

—¿Qué quieres? —respondió—. El caso no está en mis manos. Lo lleva el teniente Edgecomb, tú lo sabes. Yo... soy un policía que cumple con su deber y que... ayuda a la comunidad en la medida de sus fuerzas, aunque la mayor parte de mis amigos y vecinos me vuelvan la espalda porque soy el negro que se ha convertido en un oficial de policía, en un enemigo...

Dio dos o tres rabiosas chupadas al cigarrillo, y se volvió hacia

la mujer.

—Sé que a ellos les hubiera gustado verme siempre machacando los rostros de mis rivales del *ring*..., sobre todo si mi enemigo de turno era blanco. Sé que mis amigos y admiradores estaban ansiosos porque Ash Barton hubiera conseguido el campeonato del mímelo. Como sé que no les hubiera importado verme convertido en un viejo ídolo «sonado», vagando por las tabernas, suplicando un trago a cualquiera... Pero yo no quería acabar como Budler Brown o Harry Tiger Jefferson, o como... Bien, tanto da. ¿Por qué no sigues, Lizza? Tal vez pueda hacer algo por ti. Es posible que, esta misma noche, algún taxista encuentre a una niña en cualquier callejuela, desmayada, herida o... muerta. Entonces tomaré mi coche y correré hasta aquí para comunicártelo. ¿Dices que se llama *Gin-Belle*?

Oyéndole, Lizza se sintió indignada por la fría indiferencia que emanaba de las palabras del policía.

Súbitamente, la mujer se alzó de la silla y le acometió con indescriptible violencia.

Sus puños golpearon el rostro del hombre con saña..., hasta que el teniente Barton la separó de sí, y la arrojó sobre el desvencijado sofá.

Mientras ella sollozaba, Ash se acercó y dijo con frialdad:

—Una vez me despreciaste, maldita estúpida. Entonces yo hubiera recorrido de rodillas la calle Ciento Cuarenta y Tres por ti. ¿Qué quieres que haga ahora? ¿Suplicarte, quizá, que me permitas ayudarte? Sé lo que valgo. Y también lo que tú Vales: nada, exactamente. Eres pobre y estás sola. Pero tú lo quisiste, ¿no es verdad?

Barton se arrodilló junto al sofá inesperadamente, y golpeó la madera con sus puños como mazas hasta hacerse sangre.

Pasaron dos, tres minutos... La mujer tendida sobre el sofá, y el hombre, prosternado sobre ella, componían un extraño y salvaje grupo.

Luego, Lizza se movió, acercó una mano, acarició los cabellos, plateados en las sienes, del hombre, y susurró:

—Aún me quieres, ¿verdad, Paul?

El policía se alzó ágilmente del suelo, hundiéndose las manos en los bolsillos de su chaqueta y dijo:

—Sí..., pero ¿qué importa eso? Nuestro momento pasó ya. Tú te

casaste con un sinvergüenza, con un mestizo llamado Maburn. El era un gángster, un delincuente... Un cerdo que hacía daño a sus hermanos, introduciendo el vicio y la droga en Harlem...

Se había acercado a la ventana y, luego, con gran violencia, se volvió hacia la mujer.

—Te desprecio, Lizza —añadió con voz ronca y profunda—. A pesar de que siga amándote. ¿Cómo fuiste capaz de unirme a un hombre como Maburn? El ni siquiera amaba nuestro barrio, Harlem. Vivía aquí... porque aquí estaba su sucio negocio: era el lacayo de un gángster, según he sabido. Maburn asustaba, golpeaba y asesinaba, si era necesario, siguiendo los mandatos de sus jefes. Finalmente trabajó en la droga. Inundó de estupefacientes los lugares de diversión de Harlem, donde se envenena a los pobres parias negros. ¡Sí, ya lo sé! —rugió con voz reconcentrada—. El negro común es pobre, desgraciado, infeliz. Es capaz de reunir unos pocos dólares para drogarse, y no contemplar la miseria que le rodea. Pero ten en cuenta esto: si todos fuéramos tan cobardes como para dejarnos adormecer en el vicio, Harlem no existiría ya. Y este barrio es la única tierra que el negro americano posee de verdad.

Calló, fatigado. Pero volvió a hablar, con voz llena de energía y de cólera:

—¿Por qué te crees que sigo aquí, Lizza? Sólo porque amo a Harlem. ¿Crees que si no fuera por ello seguiría aguantando toda esta basura humana...? Delincuentes que llegan como doctrinarios comunistas, o clérigos que tratan de embaucarnos... Todos se enriquecen: es su único objetivo... Yo aprendí, hace muchos años, a desenvolverme entre blancos y negros, indiscriminadamente. Si un blanco me insulta, me hiere..., respondo con la misma moneda. Si me ofenden o me golpean, Ash Barton sabe responder, sin humillarse. Y, sin embargo, poseo un título universitario, ¿sabes? ¡Un título! Soy doctor en Psicología y Criminología, y podría enseñar en la Universidad, si me apeteciese. Pero me gusta Harlem, Lizza. Lo llevo en la sangre. Y aquí hay muchas cosas podridas. Yo sé que no podré arreglarlas todas, pero seguiré en la brecha, aunque los hombres negros de Harlem me llamen *majagua*^[2].

Lizza no dijo nada.

Respiraba entrecortadamente, como si sus bronquios se negasen a dar paso al oxígeno vital.

Pero, de repente, gritó con rabia:

—¡Cállate!

Luego añadió, con voz más calmada:

—Todo eso lo sé, Paul. Sé que tú eres un hombre, y Dick Maburn valía menos que una colilla mojada. Pero ahora debo preocuparme de *Gin-Belle*. ¡La han secuestrado, estoy segura! Y tiemblo pensando en ella, Paul...

—Pero no era tu hija —repuso el policía, desconfiado.

—¿Cómo podía serlo? Tengo veintisiete años, y jamás conocí a ningún hombre antes de Maburn.

Las facciones de Barton se contrajeron.

—¿Quieres decir, que... te entregaste a él? —preguntó, rabioso.

El pecho de Lizza se hinchó en todo su esplendor.

—Quiero decir... Escucha, Paul. No sé si vale la pena explicarte esto o aquello, pero voy a hacerlo por... *Gin-Belle*. Cuando tú me conociste, Dick Maburn acababa de llegar a Harlem. Vino con los chicos de la Hampton&Friends Band. Cantaba. A mí me enseñó la mitad de lo que sé. Me sentí atraída por él... Piénsalo, Paul; yo era muy joven. Bien... Cuando fuimos a parar, aquella noche, a la estación de policía, yo estaba embarazada. Cuando me pediste que me casara contigo, el corazón me dio un vuelco de júbilo. Pero...

—¡Sigue! —exigió Barton.

—Pero luego reflexioné. Sentía vergüenza, ¿sabes? Tú eras, por entonces, el ídolo de Harlem. Y yo... Bueno, fue por eso por lo que no accedí a casarme contigo. Las cosas fueron así. No pueden arreglarse.

Barton se acercó lentamente a ella.

—¿No me aceptaste porque... estabas embarazada? —preguntó con ansiedad.

—Bueno... Yo te quería, Paul. Fuiste muy amable conmigo. Derrochabas entusiasmo y vida. Pero Maburn me había abandonado, y yo esperaba un hijo, para cinco o seis meses después. Comprendí que tú te merecías algo mejor de lo que yo podía ofrecerte. Luego, Dick...

Barton entornó los párpados.

Sentía un extraño dolor en el pecho, escuchando las entrecortadas confesiones de Lizza.

Ash había puesto en Lizza la más grande ilusión de su vida. Y

había sufrido hondo, cuando ella le rechazó.

La amargura, el despecho, le habían acorchado y endurecido. Barton se había vuelto receloso y coriáceo.

Y ahora...

—Dick vino a verme —seguía diciendo Lizza—. Y salió, espantado, al contemplar mi vientre abultado. Le llamé cobarde, sinvergüenza... ¡Todo cuanto se me vino a los labios! Pero no me pesó que huyera: yo no le quería. El se aprovechó de mí: de una forma u otra, consiguió cobrarse lo que había hecho por mí y mi formación profesional. Mi hijo se malogró, pues caí enferma. Luego... adopté a *Gin-Belle*. No era capaz de afrontar la vida en la más absoluta soledad. Ahora, *Gin-Belle* es para mí como una hija. Y si hay en esta condenada y puerca ciudad alguien que pueda devolvérmela, esa persona eres tú, Paul Barton... ¡Sólo te tengo a ti!

El policía introdujo la colilla del cigarrillo bajo el mantillo de la maceta que había sobre el poyo de la ventana y dijo:

—Hace ya dos días que solicité del capitán Monroe que me permitiese, hacerme cargo del caso, Lizza. Afortunadamente, el teniente Edgecomb es un vago, un holgazán perdido. Y no ha tenido ningún inconveniente en dejar el caso en mis manos. De modo que... veré qué se puede hacer.

CAPÍTULO III

Al anochecer, Lang Edgecomb se encontraba en la taberna de Ralph Morrison.

Naturalmente, el policía prefería que no le viesen, desde la calle, las personas que pasaban ante la puerta del sucio local.

Para ello, nada mejor que ocupar un pequeño banquillo de madera al fondo de la taberna, tras la gran curva que la barra describía junto al muro.

Edgecomb estaba bebiendo a pequeños tragos su ración de *whisky*. A su lado, dos negros viejos, bronquíticos, charlaban, con siseos apagados, de sucesos relacionados con otros tiempos.

A Edgecomb no le gustaba la taberna de Morrison. Pero sabía que allí, entre ancianos alcohólicos y viejas prostitutas arruinadas, podía pasar perfectamente desapercibido.

Tenía miedo. Temía que, un día u otro, el capitán Monroe descubriera su vicio. Y un expediente sería fatal para el teniente Edgecomb, que tenía cuarenta y seis años, y sólo esperaba, por pura indolencia, el momento de empezar a cobrar su retiro.

Con gesto desmañado, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Otra ración —pidió a Morrison.

Había bebido mucho, desde las primeras horas de la tarde.

Poco a poco, se dejaba ganar por la somnolencia que producía el alcohol en su organismo.

Siempre ocurría lo mismo: comenzaba a beber despacio, con calma. Luego, cada vez más aprisa. Y jamás encontraba la hora de terminar.

Finalmente, el teniente Edgecomb acababa adormeciéndose sobre una mesa. Y así hasta que Morrison pedía por teléfono un

taxi, y le metía en él.

Sabía que era un vago, un completo haragán. Pero se daba buena maña en buscar disculpas para sus errores y su holgazanería. ¡Podía haber hecho tantas cosas, con un poco de voluntad! Pero...

No valía la pena agriar el *whisky*. Era mejor abandonarse a la laxitud, a la dulce y adormecedora borrachera. Así no se sentía el fracaso.

Empezaba a adormecerse cuando alguien le tomó por un brazo y le zarandeó bruscamente.

Abrió los ojos sin prisa, y se irguió de un brinco al reconocer a la persona que estaba ante él: era Ash Barton.

—¿Eres tú, Paul? —pronunció despacio, en un inútil esfuerzo por disimular su borrachera.

—No soy
M'Mgambo

[3], aunque tal vez te lo merezcas —respondió Barton, sin humor.

Y añadió sin transición, poniendo en pie a Edgecomb de un violento tirón:

—Ven conmigo. Tenemos que hablar.

Edgecomb empezó a protestar. Débilmente, desde luego, sin oponer una resistencia tenaz.

Sin embargo, Barton le arrastró hacia la calle, sin oír sus protestas.

—No te disgustes, Lang —dijo, ya en la calle, con voz sospechosamente lenta y amable—. Pero he pagado tus consumiciones. He dado diez dólares a Morrison.

—Oh, gracias. Eres el mejor amigo... —empezó a decir su compañero.

Pero Barton tiró de él y le llevó al *yard*, al estrecho patio que mediaba entre dos altísimos bloques de viviendas-colmena.

Edgecomb se atragantó, al verse empujado contra el muro de ladrillos.

El rostro de Ash Barton tenía un color gris intenso, que no presagiaba nada bueno.

—Dime el nombre de la persona que te dio el dinero —exigió brutalmente Barton. Y añadió—: No lo niegues. Sé que has estado haciendo gastos muy superiores a tus posibilidades, en los últimos días.

Edgecomb manoteó furiosamente, intentando alcanzar con sus puños el rostro de su camarada de profesión.

No llegó a conseguirlo. ¡Eran tan largos los brazos de Barton, tan duras sus manos...!

—Vomita, Lang —exigió Ash con voz ronca—. Sé que alguien te ha dado dinero, quizá unos mil dólares. Y también conozco el motivo de ese regalo... Te han sobornado para que abandones el caso de esa niña, *Gin-Belle*.

—Estás loco. ¿Cómo puedes pensar...?

—No mientas, condenado —le cortó Barton—. Te estoy mirando. ¿Y qué veo en tus ojos? ¡Miedo, temor, espanto...! Advierto también tu impotencia, Lang. Adivino tus pensamientos: te gustaría ser, en estos momentos, musculoso, alto y fuerte como una roca... para pulverizarme. Pero eres débil, blando, fofo como un melón podrido... Porque te has dejado ganar por el vicio. Te he visto entrar, cada día, en el prostíbulo de Lana Fox. Has olvidado tu deber, y sólo vives para el vicio. Un gusarapo asqueroso, Lang, eso es lo que eres. Pero vas a hablar. Lo harás, o te juro que te romperé la cabeza a golpes...

Bruscamente, Ash soltó a Edgecomb y le dejó caer al suelo.

A dos metros de distancia, con las largas piernas abiertas en compás, Barton invitó:

—Vamos, saca ya tus «sortijas» de acero. Sé que jamás te has desprendido de ellas, desde los viejos tiempos en que patrullabas por la calle Ciento Cuarenta y Tres vestido de uniforme... Podrás defenderte con tus puños protegidos por el acero. Sé que lo estás deseando. ¡Adelante!

Edgecomb rezongó algo entre dientes.

Luego, con mucha prisa, se llevó las manos al bolsillo del pantalón y sacó sus «sortijas» de acero.

Dos cortos guanteletes de metal, que se ajustaban perfectamente a las falanges de los dedos de ambas manos.

Barton le esperaba en actitud tranquila, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

Cuando Edgecomb saltó de improviso sobre él, Barton apenas se movió.

Sin embargo, su zancadilla envió al borracho contra el muro de ladrillos. Y allí, Lang empezó a sollozar.

—Yo no quería el dinero, Paul. Pero ellos...

Confesó.

Con palabras entrecortadas, sincopadas. Auténticas lágrimas de vergüenza, dolor y rabia brotaban de sus ojos.

Cuando hubo terminado de hablar, Ash le llevó hasta su gris «Toyota» y le acomodó, casi con mimo, sobre el asiento.

—Te llevaré a casa, Lang. Y perdóname. Sé lo que sientes ahora mismo. Vergüenza y asco, eso es. Pero no temas, Lang. No voy a perjudicarte, porque no hablaré una palabra de esto. Eres demasiado viejo para soportar la humillación de una expulsión de la policía. Tómalo con calma, viejo camarada. Ahora vamos a casa. Lloro, llora cuanto quieras. Te hará bien llorar un poco.

Veinte minutos después, Ash Barton dejaba al teniente Edgecomb en su apartamento, muy próximo a la lavandería de Morton Morris.

Acomodó a Lang en su cama. Edgecomb se durmió como un chiquillo, mientras el altísimo y fornido Paul Barton le prodigaba palabras de consuelo.

Cuando bajó, se quedó inmóvil ante la lavandería de Morris.

A través de los cristales, podía ver a un hombre de raza china, de unos cincuenta años.

Sintió curiosidad. ¿Qué pasaba con el viejo y alegre Morton Morris? ¿Qué hacía aquel chino en su lavandería?

Cruzó la calle, empujó la puerta y entró.

El chino se le quedó mirando fijamente, sin cordialidad.

De forma mecánica, Barton sacó su carnet de policía y lo mostró al chino.

—Soy el teniente Barton. Pasaba por aquí y se me ocurrió saludar a Morris, mi viejo amigo. ¿Está por ahí dentro?

Las dos rayitas de los ojos del oriental seguían contemplándole, impasibles.

—Siento no poder hacer nada por usted, teniente. El señor Morris me vendió su negocio, ayer mismo. Si necesita mis servicios, tendré mucho gusto en atenderle, de aquí en adelante —respondió el hombrecillo.

Muy ceremonioso, frío y seco, a decir verdad.

No sabiendo qué decir, Barton alzó la mano en señal de saludo y abandonó la lavandería.

¿Morris enfermo, tal vez?

Imposible, era un hombre con una salud a prueba de achaques. Por lo demás, Morris no era muy viejo. Unos cincuenta y cinco años. Y amaba la lavandería como algo muy suyo.

El policía se encogió de hombros.

Pero decidió que a la mañana siguiente iría a ver a Morris. Probablemente, todo tendría una explicación lógica.

«Quizá Morris ha decidido instalar un negocio más amplio y próspero», pensó.

Morton tenía un hijo: un muchacho de unos dieciocho años, universitario, inteligente, de ideas avanzadas. El chico se llamaba Stanley.

El callejón donde vivía Morris estaba muy próximo, a la vuelta de la esquina.

No valía la pena tomar el coche. ¿Por qué no acercarse en unos minutos?

En la esquina había un gran «Cadillac» negro. Un individuo bien vestido, cuyo rostro no podía ver porque permanecía de espaldas, charlaba con un grupo de mozalbetes.

¿Era dinero lo que ofrecía aquel hombre a los muchachos o... era otra cosa?

Siguió andando, tras doblar la esquina, indeciso.

Morton Morris vivía en la segunda planta de un grisáceo edificio de ladrillos, una verdadera casa-colmena, como tantas otras de Harlem.

Barton vio unas hojas de arándano colgadas de la puerta. Y a su pesar, se estremeció.

¿Qué desgracia había ocurrido en aquella casa?

En lugar de pulsar el timbre, golpeó discretamente con los nudillos sobre la puerta de cartón-piedra.

Le abrió la tía Beth, la vieja hermana de Morris.

Y Beth tenía sus viejos y arrugados ojos llenos de lágrimas. Del interior llegaba el rumor de apagados sollozos femeninos.

La tía Beth arreció en su llanto, al reconocer al policía. Conocía a Barton, sabía que él y su hermano eran buenos amigos, viejos amigos de muchos años atrás.

—Está muerto, ¡muerto!, querido Ash. Murió esta tarde. Estaba tan bueno, fumando su cachimba y... ¡se quedó tiesecito, frío, de

repente! —clamó la anciana, con dulce y armoniosa voz.

También Barton se quedó frío. Helado.

Siguió a la vieja a lo largo del pasillo. Y vio a los dos empleados de pompas fúnebres, dos hombres maduros, con los cabellos grises, hartos quizá de vestir cadáveres, de introducirlos en sus féretros.

Los hombres hablaron unas palabras al oído de tía Beth, y se marcharon presurosos, como con prisas.

En la mejor habitación estaba el viejo Morton Morris.

Su rostro ceniciento, enjuto, tieso, parecía mirar a Barton. Pero no era más que una tonta, estúpida ilusión.

En la habitación había algunas mujeres. Vecinas y amigas, que gimoteaban sin cesar. De tiempo en tiempo, sacaban sus botellitas de *whisky* de algún lugar recóndito de sus ropones, y daban un trago disimuladamente.

—¿Ha venido el médico? —Barton bajaba la voz, inclinado sobre la menuda tía Beth.

—¿Para qué, querido Ash? Ha sido mala suerte la del Pobrecito Morton, tan honrado, tan bondadoso, tan cumplidor...

La vieja Beth chocheaba ya, era evidente. Además, ni su oído ni su vista eran buenos.

Barton estuvo oyendo sus quejas y sollozos durante unos minutos. En cuanto la anciana cedió en sus lamentos, la sacó fuera de la habitación y preguntó:

—¿Y Stanley? ¿Está aquí? El pobre Chico... debe estar destrozado.

—¿Destrozado? ¡Maldito negro vicioso...! —exclamó tía Beth, temblando de cólera—. Llegó a mediodía, como borracho, el muy... Se acostó. Y acostado sigue. Quise despertarle cuando mi hermano se puso tan malito. Pero ¡Virgencita!, Stanley seguía dormido como un tronco, indiferente a la gran desgracia que acababa de ocurrir...

—¿Puedo entrar en su habitación? —preguntó el teniente Barton.

—¡Pues cómo no...! —respondió, dolorida, la anciana—. ¡Y ojalá sepa levantármelo a puntapiés! Pensar que su padre está muerto, y él sigue descansando tan ricamente...

Empujó una puerta del pasillo, encendió la luz y le invitó a pasar.

Barton contempló la angosta pieza de una ojeada. Sus ojos

fueron desde la ventana protegida con cortinas blancas hasta el lecho donde yacía Stanley.

Era un joven alto y delgado. Dormía vestido, echado sobre la cama de cualquier forma, y estaba absolutamente inmóvil.

Un presentimiento asaltó a Barton, obligándole a estremecerse imperceptiblemente.

Con movimientos apresurados, se acercó al lecho, se inclinó sobre Stanley y le tomó el pulso.

Alarmado, volvió urgentemente al pasillo donde había visto colgado el teléfono, y marcó un número.

—¿Comisaría? —preguntó—. Soy Ash Barton, y necesito hablar urgentemente con el capitán Monroe. ¡Aprisa, por favor!

Esperó, en tensión, tabaleando con los dedos sobre la pared empapelada y húmeda.

—¿Capitán Monroe? —volvió a preguntar—. Barton, sí. Estoy en el diecinueve de Crugman Lane. Hay un joven en grave estado. Está drogado, según me ha parecido. ¿Una ambulancia? ¡Naturalmente, y todo lo más aprisa posible! Su pulso apenas late. El muchacho es Stanley Morris, cuyo padre ha muerto esta misma tarde...

Estuvo escuchando unos segundos, y luego volvió a hablar:

—A propósito de Morton Morris, capitán. Voy a pedir a la tía Beth que nos autorice para practicar la autopsia. He visto el cadáver. Hay algo en él que me preocupa, capitán. ¿Asesinato, dice? No puedo asegurarlo, pero yo diría que Morris no ha muerto de muerte natural... ¡Sí, sí, esperaré! Veré cómo puedo librarme de esas mujeres, capitán.

CAPÍTULO IV

El médico se volvió hacia Barton, con interés.

—Tenía usted razón, teniente —declaró—. Este hombre está intoxicado. Probablemente, consumió todo un tubo de anfetaminas.

La tía Beth se había dejado caer sobre una silla. Apenas si tenía fuerzas para seguir llorando, la pobre vieja.

Barton se acercó a ella, se arrodilló y la abrazó.

Así estuvo pronunciando palabras de consuelo al oído de la anciana durante unos minutos.

Tuvo que incorporarse cuando llegó el capitán Monroe, seguido del ayudante del fiscal. Les acompañaba el forense, doctor Brown.

Enseguida, Barton pudo comprobar que aquel hombre blanco, llamado Cobb, no parecía muy dispuesto a acceder a sus deseos.

—Si practicásemos la autopsia a todos los que mueren en sus casas, el Estado... —empezó a decir.

Barton le miró fijamente.

—Escuche, señor —dijo con voz amable pero fría—. Tengo motivos suficientes para solicitar la intervención judicial. Si me equivoco, seré el primero en pedirle disculpas. Y también en cargar con la responsabilidad a que hubiera lugar.

—Está bien —accedió Cobb, de mala gana—. ¿Puede el doctor Brown examinar el cadáver de ese hombre?

El joven médico que había examinado a Stanley asintió.

Barton fue el primero en penetrar en la habitación donde se encontraba el féretro, con el cadáver de Morris Morton.

Y dijo al forense:

—Advertí que la boca del cadáver estaba entreabierta. Más de lo normal, ¿lo ve? Vi unos cuajarones de sangre en su garganta. Sé que pudo ser una hemorragia interna, espontánea, pero...

Brown, que había entreabierto las mandíbulas de Morris, asintió con un gesto leve.

Luego, ayudado por el joven médico de color, desnudó rápidamente el cadáver, y palpó su pecho y su vientre.

Antes de que el médico forense hablase, Barton sabía ya lo que le había ocurrido a Morton.

Bastaba con mirar las manchas violáceas, los grandes hematomas que marcaban su piel en el pecho y en el vientre.

—Barton tenía razón —declaró el doctor Brown, mirando al ayudante del fiscal, Cobb—. Este hombre murió de muerte violenta. Tiene fracturadas siete costillas, y su pecho y su vientre están horriblemente aplastados. Era un hombre fuerte, como puede apreciarse. Por eso consiguió llegar a su casa, sentarse e incluso encender su pipa, quizá en un inútil empeño de calmar sus horribles dolores internos. Hasta que se produjo la gran hemorragia que le ahogó. Este hombre ha sido asesinado.

Barton miró a Cobb con fijeza. El ayudante del fiscal bajó los ojos.

Monroe dejó escapar una exclamación ahogada.

—Apenas puedo creerlo —murmuró—. Morris era un hombre excelente, Un ciudadano amable y honrado...

Ash Barton sonrió sin ganas.

—Los asesinos no distinguen entre hombres buenos o malos, cuando se traía de llevar a cabo sus turbios planes, señor —dijo.

El cuerpo de Stanley había sido bajado ya a la ambulancia. Un momento después, descendía el cadáver de su padre, Morton Morris.

Barton compuso una mueca amarga en sus facciones —demasiado perfectas para un negro— al pensar que padre e hijo iban a hacer juntos aquel viaje.

Con destinos muy diferentes: uno, al hospital; el otro, al depósito de cadáveres del distrito.

Cuando Barton se separó de tía Beth, a la que había prodigado, en voz baja, unas frases de aliento, el capitán Monroe se le unió en el descansillo.

—Buen trabajo, Paul —dijo Monroe.

—Redactaré el informe más tarde, señor —respondió Barton.

En la calle, la ambulancia se alejaba ya, seguida del fiscal y del

coche patrullero de la policía.

El callejón quedó silencioso.

Barton consultó su reloj, y pareció sorprenderse al comprobar que eran ya las diez y media de la noche.

Volvió a Littlemore Lane, pasándose una mano por la cabeza para alisar sus cabellos, en un gesto que repetía a menudo.

El «Toyota» estaba estacionado cerca, en un lugar que quedaba lejos del más próximo punto del alumbrado público.

Distraído, penetró en el coche.

Arrancó el motor, pisó el embrague, metió la primera velocidad y aceleró.

Con un movimiento extraño, el coche se separó de la acera dando tumbos.

Barton sofocó una maldición, descendió y... comprobó que los cuatro neumáticos estaban en el suelo, rajados.

Sus dientes rechinaron de cólera. Pero su explosión colérica duró apenas lo que un relámpago.

Enseguida volvió al coche, dio al contacto, lo aparcó con gran esfuerzo, pues el volante parecía pesar una tonelada, y cerró la puerta.

Tendría que prescindir del coche por aquella noche. Encendió un cigarrillo para calmarse, y cruzó la calle.

En la esquina, dos manzanas más allá, había un viejo y destartado café, superviviente de otros tiempos.

Anduvo hacia allá, empujó la puerta y entró.

Tres viejas prostitutas de color, obesas, pintarrajeadas y provocativamente descotadas, estaban en un rincón, repartiendo unos billetes arrugados.

En cuanto vieron a Ash Barton, el temor se reflejó en sus pálidos rostros ajados.

«Tranquilas, viejas zorras —pensó Barton—. No he venido a despojaros de vuestro mezquino botín».

Sam Pourrie, el dueño del café, se aproximó a él enseguida. Y dijo, obsequioso:

—Todo en orden, teniente. Ya sabe que mi negocio tiene fama de tranquilo. ¿Una copita de *anissette*, teniente?

—Café —respondió Barton, seco.

Y se calló lo que iba a decir, porque aquello no suponía

precisamente un halago para la reputación de Pourrie y su negocio.

Buscó el teléfono. ¿Estaría Chips de servicio aquella noche?

Chips era un negro joven, de unos veinticuatro años, que suspiraba por convertirse en una figura del boxeo.

Chips admiraba a Ash Barton, y parecía siempre dispuesto a servirle hasta en el menor de sus deseos.

—Soy el teniente Paul Barton —dijo cuando tuvo la comunicación con el número que acababa de marcar—. Quiero saber si Chips está de servicio.

—En la parada de Lennox, teniente.

—Bien. Llámeme por el radioteléfono. Dígale que le necesito. Estoy en el café de Pourrie, hacia el treinta y tantos de Littlemore Lane. Hágale saber que le espero aquí.

Colgó, y volvió a la barra. El café humeaba en la taza, y Pourrie le dirigió una sonrisa zalamera, desde el otro lado de la barra.

Dirigió una mirada distraída al local, y advirtió que las viejas prostitutas se habían marchado ya, temerosas, quizá, de pasar el resto de la noche en los calabozos de la estación de policía.

Pourrie se acercó, atento. Se le veía interesado en agradar al policía.

Cuando Barton dejó un dólar sobre el mostrador metálico, Sam se apresuró a devolverle el dinero.

Sin embargo, la fría mirada con que le contempló el policía, obligó a Pourrie a recoger el billete.

A las once y veinte, llegó Chips.

Era un muchacho delgado de cintura, ágil, flexible y con buenos hombros.

Le relucían los ojos de satisfacción cuando se acercó a la barra y saludó al policía, rozando con los dedos la visera de su gorra de taxista.

—Hola, teniente. Diga a Chips lo que necesita, y Chips le trasladará volando a cualquier lugar de esta cochina ciudad. Y, oiga, teniente, ¿cuándo va a enseñarme su fabuloso gancho de izquierda? No se burle. ¿Sabe que estoy entrenando con Bug Harris y que, dentro de unos meses, pelearé en el Booker Stadium? Ya me verá entonces, ya me verá. Le regalaré un boleto y...

Barton alzó una mano para detener aquel torrente tumultuoso de palabras.

Contempló con agrado a Chips. Y calculó que quizá algún día llegase a ser un buen peso medio. Porque tenía vocación, entusiasmo y voluntad.

Barton sabía que, en Harlem, los jóvenes buscaban su salvación en el deporte, la canción o el trabajo. De la misma forma que se arrumaban en el juego, el alcohol, los prostíbulos, las drogas, el pillaje...

¡Aquel cochino Harlem...!

De todas formas, Barton amaba entrañablemente el barrio, porque en el barrio había nacido.

En Harlem había crecido y peleado por ser alguien.

También en Harlem, muy probablemente, moriría cualquier noche oscura, acribillado a balazos en cualquier sucio callejón.

—Vamos a los sótanos de Timble, Chips —dijo en voz baja. Salieron.

Nadie, en Harlem, como Chips para conducir a velocidad suicida entre las transitadas y estrechas callejuelas. Y todo ello con la mayor seguridad, sin provocar el menor accidente, porque Chips parecía haber sido parido en un taxi lanzado por la Ciento Veinticinco.

Hacia las doce estaban en Flower Street, una estrecha calle que linda con el bajo Manhattan.

Cuando Barton abandonó el taxi y se dirigió al *yard* cercano, Chips se le unió inmediatamente.

—Déjeme acompañarle, teniente. Puedo servirle de ayuda, en caso necesario, ¿no le parece? —dijo.

Barton sonrió.

—Pues claro. Ven.

Descendieron por una escalera oscura, resbaladiza y peligrosa, y llegaron al sótano.

No había luz. Apenas una difusa luminosidad que penetraba por los ventanucos a ras de tierra.

Barton sacó una linterna, y el haz luminoso recorrió los muros: allí estaban los fardos de paja, amontonados unos sobre otros contra la pared de hormigón.

—Quítate esa gorra —indicó Barton al joven—. Y haz la señal.

Apagó la linterna.

Chips se despojó de su gorra de taxista, se aproximó a los fardos

de paja y buscó en la oscuridad el extremo de la cuerda.

Dio dos rápidos tirones, y luego otros dos espaciados.

Varios fardos se desplazaron, como si giraran sobre un invisible ojo. En realidad, estaban firmemente sujetos por alambres a la pequeña puerta de chapa metálica, que acababa de abrirse.

Dentro, brillaba una luz rojiza. Chips pasó adentro sin titubear, y el policía le siguió, inclinando el tronco adelante para evitar golpearse contra la parte superior del marco metálico.

Había un hombre.

Negro, alto y fornido. El individuo tenía un talonario de boletos en una mano, y un largo «revienta-cráneos» colgando de la muñeca izquierda.

—No conozco a este haragán. Debe ser nuevo en el negocio —comentó el policía.

E inmediatamente pasó adentro, en dirección a la puerta tapada con una cortina escasamente limpia.

El «haragán» murmuró una blasfemia, y le agarró brutalmente por el brazo.

—¡Espere! Va a explicarme...

Como una centella, Barton disparó su codo derecho, sin volverse, y golpeó secamente al hombre en el estómago.

Simultáneamente, giró sobre sus talones, y su puño izquierdo subió como un relámpago hasta el mentón del «haragán», que se derrumbó, golpeó la pared y cayó pesadamente al suelo.

—He ahí mi famoso gancho de izquierda —rezongó el policía, tomando a Chips de un hombro.

—¡Increíble! —murmuró el joven, fascinado—. ¡Tan rápido...! Apenas he podido verlo...

—No perdamos el tiempo —resolvió Barton—. ¿De veras quieres entrar ahí, conmigo?

Señalaba la cortina deshilachada.

—Vamos —respondió Chips, decidido.

Entraron.

En el sótano, decorado con grandes «pósters» de Jimmie Hendrix, Ángela Davis, Cristina Hearst y otros personajes semejantes, había unas cuantas mesas de billar.

También, y adosadas a la pared, podían verse algunas máquinas tragaperras.

En un rincón, en el mismo suelo, sin pavimentar, lleno de polvo y colillas, se jugaba a los dados. En otro rincón más alejado, al póquer.

Los montoncitos de billetes se agrupaban aquí y allá, delante de cada jugador.

En total, había unos quince muchachos. Todos de color, a excepción de dos jóvenes portorriqueños.

Barton caminó, decidido, hacia una de las mesas de billar, seguido de su joven acompañante.

Uno de los jóvenes que jugaban se volvió, y sus ojos oscuros relampaguearon, al ver al policía.

—Buenas noches, Chuck —dijo amablemente Barton—. Buenas noches a todos, muchachos.

—¡Cuidado! —advirtió el moreno y felino Chuck—. No os fiéis. Es un policía...

Del rincón más próximo, seis muchachos abandonaron la partida y huyeron a la desbandada.

Inmediatamente, los de la partida de dados les imitaron, sin experimentar el menor rubor, al emprender la retirada a la carrera.

Finalmente, sólo quedaron cinco muchachos en el garito de juegos clandestino. Estaban rígidos, alrededor de la mesa de billar.

—Enséñame tu navaja, Chuck —pidió Ash Barton.

Y agregó con voz suave:

—Por favor.

Chuck enseñó los dientes en una sonrisa.

—¿Navaja, teniente? —respondió—. No uso esos chismes.

Barton avanzó hacia él. Chips le secundó.

De repente, Chuck alzó el taco de billar.

Era joven, fibroso y ágil como una pantera. Y tan raro y cruel como aquel felino.

Comprendiendo que iba a golpearle, Barton se inclinó hacia adelante, protegió su cabeza con los brazos y arqueó la espalda.

El taco golpeó fuerte contra sus músculos dorsales contraídos, y se partió por la mitad.

Chuck maldijo entre dientes.

Y estaba maldiciendo aún cuando Barton saltó sobre él, le agarró por los hombros, le obligó a girar como un torbellino y le proyectó de bruces sobre el marco de la mesa de billar.

Allí, el policía estiró las piernas de Chuck de forma que no pudiera saltar de improviso, y velozmente le cacheó.

Entretanto, los otros jóvenes escaparon a la carrera, tan asustados como liebres perseguidas por los galgos.

Barton palpó, muy hábil, los bolsillos de Chuck, y encontró la navaja.

Era un arma impresionante, una navaja automática de seguridad, de casi veinte centímetros de hoja.

Examinada en la palma de su mano, el policía golpeó, de improviso, los tobillos de Chuck, y el muchacho se fue al suelo.

—Desacato a la fuerza pública, agresión a un oficial de policía, destrozo criminal al automóvil del teniente detective Barton —fue relatando Ash, sin dejar de vigilar al joven—. Todo eso va a suponer unos diez años de encierro, querido Chuck. ¿Cuántos años tienes ahora? No lo digas: veintidós o veintitrés, si recuerdo bien los datos de tu ficha. Eres mayor de edad, a todos los efectos. En fin, vas a pasar una buena temporada alejado de estos lugares, Chuck. A menos...

—¿A menos? —repitió el joven, esperanzado.

—Pon atención..., porque te interesa mucho. Vi un «Cadillac» negro en Littlemore Lane. Sólo pretendo que recuerdes el nombre de la persona que te pagó para que destrozaras los neumáticos de mi coche... con esta misma navaja.

Chuck respiró hondo.

—No le conozco. Había muy poca luz, compréndalo. Me dio veinte dólares a cambio de... Bueno, ya lo sabe, ¿no? —exclamó, cínico.

La cólera se inflamó en el pecho de Barton.

Chuck confesaba en parte, pero con una desfachatez tal que el policía tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no golpearle.

Si se hubiese dejado llevar de su cólera, seguramente Chuck hubiera ido a parar al hospital, por seis meses o más.

Pero Barton era teniente detective de la policía del Estado de Nueva York. Y no podía convertirse en una bestia, que contesta a un arañazo con una dentellada.

Utilizó el conocido sistema de contar lentamente hasta veinte. Y después hasta treinta, porque con Chuck...

Cuando habló, lo hizo con una voz reposada, que ocultaba el

volcán de sentimientos que bullían en su pecho.

—Lástima, Chuck. Creí que te portarías de forma razonable.

—¿Lástima? ¿Por qué? —preguntó el joven, confuso.

—Tendrás que acompañarme a comisaría. Por supuesto, la acusación será triple, porque también pagarás por haber destrozado los neumáticos de mi coche. Y no te hagas ilusiones, muchacho. De tu agresión, tengo testigos. Y también has confesado los destrozos de mi coche. Vas a tener tu merecido, Chuck. Vas a pudrirte en la cárcel —dijo Barton, enérgico.

Chuck se mordió los labios. Y de repente, perdió la entereza.

—Escuche, teniente —hasta su voz se había vuelto súbitamente suplicante y humilde—. Si me da tiempo, quizá pueda recordar a aquel tipo... ¡Espere! Vestía bien, era muy elegante e incluso educado... Pudiera ser Lester Jackson, el abogado.

—¿Pudiera ser o... lo era en verdad? —preguntó Ash, con dureza.

—Era Lester Jackson —confesó Chuck—. ¿Qué va a hacer conmigo, teniente?

Barton reflexionó un momento.

A todas luces, podía enviar a Chuck a la cárcel. Pero en la cárcel terminaría por convertirse en un verdadero criminal.

Por otra parte, la señora Smith, madre de Chuck, era inválida y sólo vivía de lo que su hijo le llevaba, trabajando esporádicamente en la descarga de camiones en Sun Market.

—¡Largo! —rugió, sin pensarlo.

Chuck se irguió de un brinco y huyó. Tan apresuradamente, que tropezó en un taco de billar y cayó al suelo dando una voltereta.

Finalmente, desapareció. Chips estalló en una reprimida carcajada.

—¿Y ahora, teniente...? —preguntó, cuando la risa le permitió hablar.

Barton dirigió una reflexiva mirada al sucio garito.

—Salgamos —respondió—. Como de costumbre, la policía no podrá hacer nada contra Ed Timble, el dueño de estos sótanos. Según él, los chicos organizan estas timbas clandestinas por su cuenta. Pero yo sé que él es el único responsable. ¿Sabes a cómo cobran el boleto de entrada? A cincuenta dólares, Chips. Timble coloca aquí a uno de esos «gorilas», y a cobrar a los chicos. Hasta

ahora, Timble ha escapado. Pero algún día...

Se fue hacia la salida, murmurando algo entre dientes que Chips no pudo entender.

El muchacho le siguió a buen paso y juntos ganaron la salida.

El «haragán» que cobraba los boletos había emprendido la retirada. Naturalmente.

En la calle, Chips abrió la portezuela trasera del taxi, y Barton se acomodó dentro.

Encendió mecánicamente un cigarrillo, y advirtió, mirando a través de la ventanilla, que empezaba a nevar.

—¿Hemos terminado por esta noche, teniente? —preguntó el muchacho, girando la cabeza hacia atrás.

—No, Chips. Haremos una visita al tugurio de Tom DeBeere. Tengo hambre. ¿Y tú?

Chips lanzó una alegre carcajada.

—Confieso que esta aventurilla me ha abierto el apetito, teniente. Y Tom DeBeere prepara unas salchichas muy buenas, que sazona con una salsa de su invención. Vayamos por nuestra cena —exclamó.

Y arrancó a gran velocidad.

CAPÍTULO V

Tom DeBeere se movía con gran esfuerzo de un lado a otro de la barra, atendiendo a sus clientes.

No era extraño, puesto que DeBeere era grueso y ventrudo. Su enorme barriga no encontraba, tras la barra, el espacio suficiente para moverse con desahogo.

Al ver penetrar en su restaurante al teniente Barton, seguido de Chips, un párpado tembló en su redonda cara.

Enseguida, sus ojos fueron en varias rápidas y nerviosas ojeadas a la puerta que llevaba a las habitaciones interiores.

Se preguntó qué querría el policía. ¿Habría recibido el chivatazo, le había ido alguien con el cuento de que explotaba a varias chicas por la noche, aprovechando las habitaciones que durante el día servían de comedores privados?

Mientras Barton y Chips se aproximaban a la barra, buscando un par de taburetes donde sentarse, DeBeere unió sus gordezuelas manos, entonando una muda súplica porque todo fuera bien.

Claro que no podía evitar aquel temor.

Por la mañana, Tom vendía helados y golosinas a los niños y jóvenes. Después, servía comidas a los obreros y desocupados. Sólo al anochecer permitía a aquellas jóvenes utilizar sus habitaciones interiores.

Pero, al fin y al cabo, ¿qué mal había en ello? Las chicas ejercían su «profesión» en un lugar seguro, sus clientes encontraban un «servicio» más en el negocio de Tom, y él mismo, DeBeere, se conformaba con recibir el cincuenta por ciento de los ingresos de aquellas chicas.

Se aproximó con precaución al lugar donde el policía y el taxista habían encontrado un hueco.

—Ah, buenas noches, teniente Barton. Buenas noches. Chips. Nieva, ¿eh? ¡Este condenado tiempo...! —exclamó.

Barton le taladró con una mirada fría y penetrante, que obligó a aquel travieso párpado de DeBeere a emprender su loco e inoportuno tic.

—Un bistec al jerez, y chuletas de la casa —dijo el policía—. Lo mismo para Chips. Y dos botellas de cerveza.

—Por supuesto, teniente. Yo mismo se lo prepararé. Tengo verdadero gusto en...

Tom calló como un muerto.

La puerta del fondo acababa de abrirse de un portazo, y Joey, aquel maldito borracho, salía, escandalizando con sus gritos, quejándose del precio que una de las chicas había puesto a sus «servicios».

Miró nerviosamente a Barton, y advirtió que el policía estaba mirando a Joey.

—¡Ese bueno de Joey! —exclamó, forzando una sonrisa—. Estaba un poco bebido, me pidió que le dejase echar una cabezadita dentro, y ha debido despertarse en plena pesadilla...

—Cállese —ordenó bruscamente el teniente Barton—. Sé de sobra a qué destina esas habitaciones, al llegar la noche.

Tom palideció. Y no sabiendo qué hacer, giró su enorme vientre, y fue a la cocina.

Se esmeró en preparar los bistecs que el policía le había encargado. También preparó personalmente las salchichas, y agregó una generosa ración de ensalada.

En el fondo, Tom hubiera agregado arsénico, en cantidad abundante, a la comida. Quizá aquel odioso oficial de policía estuviera mejor criando malvas que metiendo su nariz en los negocios particulares.

Pero Ash Barton le inspiraba demasiado miedo. Cuando puso las dos bandejas ante Barton y Chips, el párpado izquierdo seguía temblando a gran velocidad.

Ya se disponía a retirarse, cuando Barton le retuvo, con un gesto autoritario.

—Espere.

—¿Sí, teniente?

—Quiero hacerle unas preguntas. Hace quince días, una pequeña

llamada *Gin-Belle* vino a comprar unos bocadillos a este lugar. ¿La recuerda? Una jovencita, mestiza, de piel muy clara, con un vestido azul, zapatos...

—No la recuerdo.

—Reflexione. Estoy seguro de que estuvo aquí. Alguien la vio entrar: tengo testigos de ello —mintió Ash, con gran aplomo.

Chips sonrió, al contemplar las temblorosas mejillas de DeBeere, en un curioso y fulminante cambio de expresiones.

—Bueno... Quizá yo no recuerde ahora... Pero... ¡vienen tantos niños por la mañana, a la hora del almuerzo! —balbuceó Tom.

—¡Conteste ahora! ¿Vio a la chica que le he descrito? ¿La vio? —preguntó Barton, alzando la voz.

—No estoy seguro... Compréndalo... Yo...

—Ahora estoy seguro de que mintió al decir que *Gin-Belle* no vino a este lugar. Y estoy seguro igualmente de que la niña vino aquí, que ocurrió algo terrible, que usted está ocultando.

—¡No, no! Se equivoca...

—Acompáñeme —respondió el policía—. Vendrá conmigo a comisaría. Estoy seguro de que no seguirá negando, cuando le acuse de complicidad en el secuestro de una niña. ¡Vamos, salga de ahí!

DeBeere se desmoronó, a partir de allí.

—¡No, por favor! Si me lleva a comisaría, me vería desprestigiado, arruinado. ¡Espere, teniente! Le..., le diré lo que sé —murmuró, atragantándose.

—¿Aquí? —preguntó Barton, advirtiéndole que la barra estaba llena de clientes.

—Venga..., venga a la trastienda. Encargaré a Jerry que atienda a los clientes. Por favor, teniente. Por aquí...

—Espera aquí —susurró Barton, al oído de Chips—. Avísame, si observas algo raro.

Pasó tras la barra, y penetró en la cocina, tras el gordo DeBeere.

El cocinero chino que cuidaba de las cacerolas les dirigió una mirada inquisitiva, pero Tom se apresuró a advertir:

—No tiene que preocuparse de él: no sabe una palabra de inglés. Pero siéntese, por favor. Escuche, teniente: estoy aterrado.

—Deje de gimotear, y vaya al grano. ¿Qué sucedió hace quince días? —le interrumpió Barton.

—La niña vino aquí a eso de las doce. Yo apenas la conocía de

vista. Pidió un bocadillo, se lo envolví... Cuando salía, vi que un coche se detenía ante la puerta de mi negocio...

—¿Qué ocurrió?

—Bajó una mujer. Muy joven y bella. Una mestiza, ¿comprende? Vi que hablaba unas palabras con la niña. Luego, la mujer tomó a la niña de la mano, y ambas subieron al automóvil. Desaparecieron.

—¿Qué marca? Matrícula, color, modelo, año —exigió, rápidamente, Barton.

—¿El coche? No entiendo mucho de coches... Creo que era un «Rambler» descapotable, color salmón... Pero no pude ver la matrícula. No me pareció extraño. Pensé que era la madre de la niña o algo parecido. Pero dos horas más tarde me llamaron por teléfono...

—Siga.

—Una voz me dijo que olvidase lo que había visto: es decir, a la niña y la mujer que se la había llevado. Me amenazaron con rebanarme el cuello, si mencionaba un solo dato —balbuceó DeBeere, tragando saliva.

—¿Quién era la mujer, qué aspecto tenía, edad, vestimenta? —Disparó, a toda velocidad, el policía.

—Lo ignoro —respondió con la misma velocidad DeBeere—. Era una mujer desconocida, de unos veinticinco años, bien parecida... No sé más.

Barton se puso bruscamente en pie.

—Queda detenido, DeBeere —anunció fríamente Ash Barton—. Le acuso de complicidad en un secuestro, de obstrucción a la justicia... Voy a informarle de sus derechos...

Tom se incorporó de un cómico saltito.

—Pero ¿por qué? Ya le he dicho que nada tengo que ver con...

—No, ¿eh? No soy un imbécil, DeBeere. Las personas que le amenazaron no lo hubieran hecho si usted no hubiera reconocido a la mujer que raptó a *Gin-Belle*. ¡Usted la conoce!

Tom se dejó caer sobre la silla, que rechinó estridentemente bajo su peso, y resopló como un fuelle agujereado.

—¡Dios santo! Me matarán por esto, teniente. Me...

—¡Hable!

—Está bien... Tendré que malvender mi negocio y marcharme, si quiero salvar el pellejo. Sí, reconocí a la joven que se llevó a la

niña. Se llama Nelly Murray —confesó DeBeere, aterrado.

Nelly Murray...

Barton recordaba a aquella mestiza esbelta, fina, bellísima y descarada.

Nelly había trabajado, al principio, en el «negocio» de Lana Fox. Después, tentada por el dinero, Nelly había emprendido una carrera más lucrativa y descansada: posaba desnuda para unas cuantas revistas pornográficas.

¿Era Nelly Murray persona que se prestase a colaborar en un secuestro? En cualquier caso, su moralidad andaba por los suelos, de modo que...

—¿Sabes dónde vive? —preguntó a DeBeere—. Me refiero a Nelly.

—No. Pero conozco a su agente: es el abogado Lester Jackson —respondió Tom, con voz débil.

—Está bien; quiero que firme una declaración. Es tarde ya, pero no lo olvide: quiero verle a las diez de la mañana en comisaría —recomendó al gordo DeBeere.

—Descuide. Allí estaré.

Cuando salía de la cocina, Barton pensó que lo más probable sería que Tom DeBeere huyera aquella misma noche.

Le había visto amedrentado, totalmente invadido por el pánico.

Antes de reunirse con Chips, el policía hizo una llamada a comisaría.

—Barton al habla. ¿Alguna noticia relacionada con el caso *Gin-Belle* Congrill? —preguntó.

—Nada, teniente. O mejor dicho... es posible. Hay un recado urgente para usted. Llamó una mujer llamada Lizza. Me pidió que le transmitiera urgentemente un recado: que vaya a verla a Truman Street, 456. Parecía muy asustada, si quiere saber mi opinión.

—Gracias —respondió Barton. Y colgó.

Una sensación angustiosa invadió su ánimo. Lizza parecía asustada... ¿Habían encontrado a *Gin-Belle* muerta tal vez?

Chips había terminado su cena, y le aguardaba con expresión interrogante.

—Vamos —dijo únicamente el policía.

—Pero, teniente, ¿no va a terminar su cena? Está deliciosa, créame —protestó el muchacho.

—No tengo apetito —murmuró Barton. Y arrojó un billete de diez dólares sobre la bandeja.

Chips tuvo que correr para darle alcance. Cuando salió a la calle, resbaló sobre la nieve que iba cuajando ya sobre las calles, y estuvo a punto de caer.

Barton estaba ya en el coche, sentado en el asiento delantero.

—Tiene mal aspecto, teniente. Creo que debe cuidarse —comentó Chips, tras dirigirle una ojeada.

—Tal vez solicite unos días de permiso, cuando llegue Navidad. Pero ahora llévame al 456 de Truman Street —respondió Barton, hermético.

Chips arrancó el motor. El automóvil se separó de la acera, y aumentó de velocidad.

Eran las doce cuarenta y cinco de la medianoche, y la nieve caía en blancos copos algodonosos, cubriendo las aceras y los bancos.

Al tomar la desviación hacia Truman Street, las ruedas posteriores del taxi patinaron, y el automóvil coleó de forma alarmante.

Chips movió el volante con gran habilidad, y consiguió recuperar el equilibrio del vehículo.

—Cuidado, Chips —advirtió el policía—. No me gustaría ir a parar al hospital... ahora.

A la una, Barton se apeó del taxi ante el 456 de Truman Street. Apenas transitaba nadie por la calle, y la nieve seguía cayendo, implacable.

Ash pensó que, a la mañana siguiente, las máquinas quitanieves iban a tener trabajo extra, en Harlem.

—¿Quieres subir, Chips? —preguntó, inclinándose sobre la ventanilla.

—Prefiero esperar aquí, teniente. Se está calentito —respondió el muchacho.

—De acuerdo, pero no pares el taxímetro —recomendó Barton—. Sentiría que perdieses tu empleo, por favorecerme.

Cruzó la acera, con cuidado. Sus zapatos producían un sordo murmullo, al aplastar la nieve.

Penetró en el vestíbulo maloliente. Ascendió la estrecha escalera a buen paso, y pulsó el timbre de una de las puertas del tercer piso.

La puerta se abrió, y Barton recibió un regular susto.

—¿Qué haces con esa toalla cubriendo tu rostro, Lizza? Me has asustado —exclamó, empujándola levemente hacia dentro.

Lizza le precedió hacia el comedor. Y sollozaba desgarradoramente.

—¡Dios santo, Lizza! ¿Quieres explicarme qué te ocurre? —preguntó Ash, tomándola de los hombros con energía.

La toalla se deslizó del rostro de la mujer, y cayó al suelo.

Barton reprimió un grito de espanto: el rostro de Lizza estaba monstruosamente hinchado.

Tan hinchado como sus labios reventados y sus párpados violáceos.

CAPÍTULO VI

Lizza se abrazó a él, estremecida de miedo y de vergüenza.

Oculto su rostro en el pecho del hombre, sollozó amargamente durante unos minutos.

Luego, Ash, que sentía hervir el rencor dentro de su corazón, la apartó con ternura, y alzó su rostro por la barbilla.

—Dios santo, te han golpeado de forma salvaje, Lizza. Ahora comprendo por qué te cubrías con esa toalla...

—Oh, Paul. Vinieron unos hombres, me empujaron, me...

—No digas nada ahora, pequeña —murmuró él—. Ven. Llévame al lavabo. Te curaré.

Lo hizo con mimo, con infinito cuidado, procurando dominar la ardiente cólera que bullía en su interior.

Mientras restañaba los hematomas y los rasguños, murmuraba, sin cesar, entre dientes:

—Canallas, salvajes...

La abrazó tiernamente cuando terminó la cura, y envolvió su rostro en una toalla calentada al vapor.

Luego, vertió un poco de coñac en un vaso, y se lo hizo beber. Tras lo cual, la llevó al comedor, la hizo sentarse en una silla, y oprimió sus hombros con suavidad.

—Ahora, Cuéntamelo todo. No omitas un solo detalle. Te juro que, o valgo poco, o los canallas que han hecho esto se arrepentirán de haberte tocado. Vamos, empieza —ordenó.

Lizza tragó saliva. Estaba asustada. Barton advirtió que el miedo se imponía a su dolor, e incluso a su humillación.

—Llamaron a la puerta, Paul. Creía que eras tú: estaba ansiosa por verte. Había tres hombres en el descansillo... Apenas me dejaron preguntarles qué querían: uno de ellos me empujó adentro,

y luego, todos entraron...

La habían abofeteado, antes de hacerle una sola pregunta.

Dos de los intrusos eran negros. Bien trajeados, muy elegantes, aunque con maneras bruscas y groseras.

—El tercero era un mestizo, de piel muy clara. Un hombre guapo, elegante, muy seguro de sí mismo. Yo yacía en el suelo, sorprendida y excitada, ansiosa por gritar...

Los negros no dijeron una sola palabra. Sólo el mestizo, cuando Lizza quiso ponerse en pie, la detuvo con un gesto autoritario y dijo:

—No pretendemos hacerte daño, mujer. Mis empleados se han comportado de forma detestable, lo confieso. Pero eso te servirá de aviso: quiero que respondas con la verdad...

—Cerdos... —rezongó Lizza. Pero se arrepintió. Y añadió, mirando a aquel hombre joven, elegante y autoritario—: ¿Qué quiere saber?

—Sólo una cosa: ¿Dónde está Maburn?

Lizza se estremeció, entre los brazos de Paul Barton.

—No te lo dije esta mañana, Paul... ¡Me sentía tan desquiciada! Pero Dick vino a verme, hace unos veinte días. Le recibí con frialdad, y le dije claramente que debía marcharse de mi casa. Pero parecía absolutamente agotado... ¿cómo podría explicártelo? Estaba aterrorizado, pero al mismo tiempo debía poseer algún secreto, que le daba fuerzas para enfrentarse a su íntimo terror...

Fue evidente la crispación de los músculos de Ash Barion.

—¡Maburn! —exclamó—. ¿Qué esperaba ese tipo de ti, Lizza?

—No lo sé... Quizá descansar un rato, quizá buscaba reanudar nuestra vieja relación... Se fue de aquí, poco después. Yo no le permití el menor acercamiento, te lo juro. Fui fría e inclemente con él... Aunque Dick parecía muy interesado en averiguar algo acerca de nuestro hijo. Le dije que mi hijo se había malogrado, pero dudo que se lo creyera. Me habló de una niña, y comprendí que él imaginaba que *Gin-Belle* era su hija. No tuve oportunidad de hacerle volver de su error...

—¿Por qué?

—Sonó el teléfono. Ya me disponía a cogerlo, cuando Dick me arrebató literalmente el aparato de las manos. Su expresión cambió, al tiempo que escuchaba. Le vi pálido e inseguro. Inmediatamente

colgó y huyó. Desde la puerta, me dijo algunas frases que no pude entender bien. Algo así como «He pensado en vosotras. Volveré y me ocuparé de que nada os falte». Nada más. Cuando quise reaccionar, Dick había huido.

El teniente Barton no dijo nada. Reflexionaba.

Se sentía decepcionado, rabioso, contrariado, confuso, todo al mismo tiempo.

—Volvamos a la visita de esos intrusos que te golpearon, Lizza —propuso luego—. Esos hombres te preguntaron por Maburn. ¿Qué respondiste?

—¿Qué iba a decir? Comprendí que aquellos individuos no iban a andarse con remilgos, y les dije todo lo que sabía. El «guapo», que era el único que hablaba, pareció muy interesado cuando dije lo que Dick había pronunciado, antes de marcharse. Y me lo hizo repetir dos o tres veces. Entonces, el tipo hizo una seña, a los otros dos, y aquellos hombres se pusieron a registrar como locos la casa.

—¿Registrar la casa? Qué diablos...

—Yo tampoco podía imaginar lo que buscaban, pero al ver que arrojaban al suelo brutalmente las pocas cosas que tengo, me sentí indignada, y traté de impedir que siguieran destrozando mis pobres enseres. El «guapo» me derribó de un golpe...

Después, según Lizza, había sido peor.

Cuando los dos facinerosos terminaron de registrar la casa, y volvieron con las manos vacías, el hombre que tenía autoridad sobre ellos, se volvió a la mujer, y la alzó del suelo de un empujón.

—¿Dónde está Maburn, dónde ha escondido las barras de oro? —preguntó el «guapo», acercando su rostro al de Lizza.

Naturalmente, ella no sabía dónde podría encontrarse Dick Maburn. En cuanto a aquellas barras de oro...

—¿Oro? Ustedes están locos. ¿Es que no ven la miseria en que vivo? —respondió Lizza, desconcertada.

—No trates de confundirme o te arrepentirás —exclamó su interlocutor, mordiendo las palabras—. Estoy seguro de que Maburn te habló del oro. O al menos, te confió alguna nota, un mensaje... ¿dónde lo tienes?

De nada le valió a Lizza asegurar que Dick sólo había permanecido unos momentos en la casa, que no sabía más que lo que ya les había contado.

El «guapo» disparó de improviso su brazo, y volvió a derribarla de un bofetón. Tras lo cual, ordenó a sus esbirros:

—Trabajadla.

Fue horrible.

Los dos negros se habían turnado en martirizarla durante cinco minutos.

Finalmente, un descomunal puñetazo en la barbilla la había derribado sin sentido.

—Cuando volví en mí, se habían marchado, dejando la puerta abierta y mi pobre casa convertida en un caos... Lo primero que hice fue llamar a la comisaría y preguntar por ti, Paul. Siento haberte molestado, pero me sentía sola y aterrorizada. ¡Estoy segura de que esos hombres volverán!

Ash entornó los ojos, y acarició una mano de Lizza.

—Tranquilízate, yo me cuidaré de ti. Ordenaré que tu casa sea vigilada constantemente. Ahora, quiero que te concentres, y me describas con el mayor número de detalles el aspecto de esos tres canallas —rogó el policía.

Lizza reflexionó un instante.

—Veamos... Los negros eran dos tipos de unos treinta años, de aspecto vulgar. Vestían trajes de alpaca, bien cortados. El «guapo»...

Según Lizza, era un hombre que podría pasar perfectamente por un blanco: piel muy clara, tostada, de facciones atractivas, cabellos negros y lisos, y una dentadura blanca y fuerte.

—Vestía un jersey negro bajo su chaqueta, y llevaba un grueso collar de oro, con una figurita colgando, orlada de pequeños diamantes...

—¿Un signo del Zodíaco? —quiso saber Barton.

—¡Exactamente! Ahora lo recuerdo perfectamente: era el signo de Escorpión. Una joya muy cara, supongo.

Barton se puso en pie.

—Muy bien, pequeña. Ahora, debes descansar. No temas: nadie penetrará en esta casa. Siento no poder quedarme contigo, Lizza, pero debo volver a comisaría, y redactar un informe.

Lizza se incorporó también. Apretaba desesperadamente la mano del policía, ansiosa por retenerlo.

Sin embargo, no dijo una sola palabra. Sólo en la puerta, murmuró, angustiada:

—Paul, la pequeña *Gin-Belle*...

—Descansa. Estoy seguro de que vive. Caso contrario... Lo siento, pero su cadáver habría aparecido ya.

Se volvió cuando iba a tirar del pomo de la puerta, y dijo:

—Por cierto, ¿recuerdas a un hombre llamado Morton Morris?

—¿Morris? Oh, sí. Solía enviarle la ropa sucia, con *Gin-Belle*. Un hombre muy bondadoso: siempre regalaba a la niña alguna golosina.

Lizza le retuvo por un brazo y le miró fijamente.

—¿Por qué, Paul? ¿Crees que puede tener alguna relación con *Gin-Belle*? —inquirió llena de ansiedad.

—Es posible. Pero no pienses en ello ahora. Vete a la cama y descansa. Te llamaré por teléfono en cuanto pueda, y vendré a verte en cuanto tenga alguna noticia. Vamos, Lizza: confía en mí.

Los hinchados labios de la mujer temblaron, al susurrar:

—Sólo en ti confío con todas mis fuerzas, Paul.

Barton abrió la puerta y salió con cierta brusquedad. Tenía que separarse cuanto antes de Lizza, si quería resistir a la tentación de quedarse con ella por el resto de la noche.

CAPÍTULO VII

El timbre del portero automático zumbó en el vestíbulo.

Barton se alzó de la cama, malhumorado. En el pasillo, se miró fugazmente al espejo, y contempló su rostro demacrado y ojeroso.

Pulsó la tecla de «abierto», y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Jenkins, señor Barton. Del Garaje McKoy. Tengo su coche aquí, con los neumáticos nuevecitos.

—Perfectamente, Jenkins —respondió el policía, bostezando—. Puedes dejar las llaves bajo la alfombra del coche. Bajaré dentro de unos minutos. Ah, Jenkins, añadiré una propina de cinco dólares para ti, cuando pague la factura del taller.

—Gracias, señor. Buenos días.

Pulsó la tecla de «cerrado», y entró en el cuarto de baño. La ducha tibia entonó sus músculos y despejó su cerebro.

Puso un par de rebanadas de pan en la tostadora, llenó la cafetera de café, y se afeitó, entretanto.

Un año atrás, Ash Barton había cambiado de alojamiento. La casa del parque era vieja e incómoda. Todo lo contrario del pequeño pero acogedor apartamento que había comprado, a plazos, en Park Avenue.

Cierto que todavía le quedaban por pagar unos quince mil dólares. Y ello le obligó a recordar que tenía que ingresar urgentemente su última paga en su cuenta bancaria para hacer frente al próximo vencimiento del pago de su apartamento.

Mientras se desayunaba, su pensamiento voló a Lizza.

¡Pobre Lizza, llena de angustia y de temor! Pobre mujer solitaria y dolorida, dominada por el espanto.

Había conseguido del capitán Monroe una vigilancia constante

para el domicilio de Lizza. Pero ¿cuánto duraría aquel servicio? Unos días, una semana quizá, después Monroe retiraría al policía de vigilancia, y Lizza quedaría desamparada.

¿Dónde estaría *Gin-Belle*?

Había pensado en ello durante toda la noche, de forma obsesiva. Pero no consiguió darse una respuesta razonable.

Cierto que tenía ideas. Estaba, por ejemplo, el hecho de que Morton Morris conocía a la niña.

Morris había muerto, asesinado. En circunstancias muy extrañas. ¿Por qué no imaginar que Morris había visto a la niña y a sus secuestradores, y que aquel hecho le había costado la vida?

El teléfono zumbó en el saloncito.

Dejó la tostada que se disponía a untar de mermelada, sobre la mesa de la cocina, y corrió al teléfono.

—¿Paul? —Era la voz del capitán Monroe—. Tenemos situada a Nelly Murray. Si estás cansado, como supongo, puedo enviar al sargento Warrens, con un par de hombres.

—Estoy perfectamente descansado —aseguró Barton—. Me ocuparé de esa mujer. ¿Dónde puedo encontrarla, capitán?

—Trabaja por la mañana en el Dumpsey Studio, 245 de Gardens Street. Y posee un apartamento, dos números más allá.

—Perfectamente. Iré a verla.

Colgó y se vistió aprisa. Antes de salir, tomó de su mesilla de noche los mil trescientos dólares de su paga, y dirigió un vistazo a través de los cristales de la ventana.

Los abetos del parque estaban cuajados de nieve. Más allá, en la avenida, una máquina quitanieves lanzaba, a lo alto, surtidores de vapor blanquecino.

—Un bonito día para patear Harlem —gruñó. Y cambió su chaqueta por una abrigada *trenka* de piel, forrada de fino borrego.

Bajó en el ascensor. Al otro lado de la calle, estaba el «Toyota», con sus neumáticos nuevos.

—Cien dólares más que tendré que ahorrar como sea —se dijo, colérico.

Sacó las llaves de debajo de la alfombra, y puso en marcha el motor. Minutos después, se detenía ante una sucursal bancaria de la calle Ciento Veinticinco.

En la ventanilla de «cuentas corrientes», Sanson Gerry le saludó

con un alegre:

—¡Hey, teniente! ¿Se ha fijado en lo negros que nos vemos las personas de color, cuando las calles están nevadas?

Ash, no pudo evitar la sonrisa.

—Siempre de bromas, Gerry —respondió—. ¿Quieres darme uno de esos impresos de ingreso? Debo ingresar mil trescientos dólares: dentro de unos días, tengo que pagar la letra mensual de mi apartamento.

Gerry abrió unos ojos como platos.

—¿Bromea usted ahora, teniente? —preguntó, desconcertado—. Sabe de sobra que todas sus letras pendientes están pagadas. Incluso los gastos de notaría, por la escritura. Por cierto, hoy mismo le enviaremos el documento por correo.

Ash Barton le miró, incrédulo.

—Bebiste demasiado ron esta mañana, Gerry —dijo en tono de reconvención—. Te disculpo porque hace un frío de mil diablos, pero dame ese impreso. Tengo prisa.

Gerry pareció ofenderse:

—Como quiera, teniente. Pero su apartamento está pagado. Y la escritura. ¿No quiere creerlo? Espere. Voy a traerle los documentos.

Barton le vio rodear las mesas de trabajo de los empleados bancarios, y hablar con su jefe, unos segundos.

Volvió, poco después. Y puso sobre la mesa un fajo de letras de cambio.

—Puede llevárselo. Nos ahorraremos el correo —dijo Gerry, observándole a hurtadillas.

Barton dirigió un vistazo a aquel fajo de letras. Estaban pagadas, no había duda. Al dorso figuraban las certificaciones del Banco con la palabra «COMPENSADO», cruzando el documento en diagonal.

Tomó el grueso sobre, y examinó la escritura de propiedad. Allí se decía que su apartamento le pertenecía, sin ninguna clase de cargas legales.

«Debo estar loco —pensó—. ¿O es un regalo de papá Noel? Faltaban quince mil dólares para totalizar el pago del apartamento, aparte de los gastos de notaría... ¿Cómo puede entenderse esto?».

Sólo había una respuesta: alguien había realizado aquellos pagos.

—Pero ¿quién? —se preguntó en voz alta.

—¿Decía algo, teniente? —inquirió Gerry, que parecía muy intrigado por la extraña actitud del policía.

—Sí —asintió Barton, decidido—. ¿Quién realizó estos pagos en mi nombre, a mi favor? ¡Quiero saberlo!

El empleado le miró con curiosidad.

—¿No fue usted mismo, teniente?

—¿Estás loco, Gerry? ¡En mi vida he podido reunir más de tres mil dólares! Vamos, haz algo, lo que sea. Quiero saber quién ha pagado más de dieciocho mil dólares para liquidar mi deuda.

—¡Está bien, está bien! —exclamó Gerry, alzando las manos en gesto apaciguador—. Veré qué puedo averiguar.

Barton aguardó, impaciente.

Mil pensamientos encontrados bullían en su mente. Poco a poco, una idea se fue abriendo paso, en su caos mental.

—Soborno —murmuró—. Alguien trata de sobornarme. Y si es así...

Gerry volvió, acompañado de Gardfield, el director de la sucursal.

—No solemos prestar informes de esta clase, teniente. Pero tratándose de un policía... La persona que pagó todas sus letras pendientes, y corrió con los gastos de notaría se llama... Lester Jackson.

¡Jackson, el abogado! Barton le había olvidado.

Si había esperado explicarse todo aquel lío, la revelación de Gardfield sólo sirvió para embarullar más sus ideas.

—Está bien —dijo apresuradamente—. Guarden esos documentos. Ya decidiré si los acepto. Y, por favor, no hablen una sola palabra de este asunto.

—Puede contar con ello, teniente —asintió Gerry.

Salió a la calle. Se sentía tan confuso que, en la acera, tropezó con un vendedor ambulante de mecheros, y estuvo a punto de tirarle toda la carga que el hombre llevaba en una bandejita colgada del cuello.

Acomodado tras el volante de su coche, Barton reflexionó.

Lester Jackson era la persona que había pagado a unos cuantos gamberros para que destrozaran los neumáticos del «Toyota».

¿Por qué...? Inexplicable.

Pero más inexplicable aún era que, en el mismo día, Lester

Jackson le hubiera regalado la bonita suma de dieciocho mil dólares.

Ash Barton conocía a mucha gente en Harlem. Prácticamente, no había ninguna persona de cierta relevancia que el policía no conociera.

En cuanto a Lester Jackson, si la memoria no le fallaba, era un abogado con cierto renombre, que poseía un lujoso despacho, próximo a Sun Market.

—Le haré una visita —se prometió, al tiempo que su coche se separaba de la acera y rodaba sobre la nieve sucia—. Y tendrá que explicarme muchas cosas.

Pero antes, debía entrevistarse con Nelly Murray, la detonante mestiza sospechosa de haber realizado un secuestro.

El coche rodaba con seguridad sobre el enfangado y resbaladizo pavimento. Jenkins había hecho un buen trabajo: previendo la temporada invernal, había dotado al «Toyota» de neumáticos especiales, claveteados, que impedían el deslizamiento sobre las calles nevadas.

A las once, Barton se apeaba del coche, en Gardens Street, y cruzaba la calle, en dirección al Dumpsey Studio.

Recordaba haber visitado aquel local, unos meses atrás. El estudio fotográfico pertenecía a un conocido homosexual, llamado Manfred Bellman. Y la visita de Barton al estudio respondía a una denuncia contra Bellman: al parecer, utilizaba a jovencitas menores de edad para sus fotos pornográficas.

Por suerte para Bellman, Barton no encontró en el estudio a ninguna menor. Y aunque se sometió a vigilancia el local, nada pudo probarse contra aquel equívoco individuo.

Ash, pues, penetró en el vestíbulo, y ascendió por la escalera directamente, puesto que el Dumpsey Studio se encontraba en la planta segunda.

El vestíbulo de recepción estaba bien amueblado y decorado. En una de las paredes podía contemplarse un admirable desnudo de Renoir.

La joven que atendía la recepción, mostraba un par de piernas perfectas, por un ángulo de la mesita.

—Teniente Barton —dijo Ash sin otro preámbulo, mostrando fugazmente su carnet—. Quiero ver a *miss* Murray.

La muchacha parpadeó. Pero inmediatamente descolgó el teléfono, y asintió:

—Un momento, por favor. Hablaré con el señor Bellman.

—Oh, no, por favor —exclamó el policía—. Y velozmente, agarró la muñeca de la bella jovencita, y se apoderó del auricular. —Compréndalo: se trata de una sorpresa. Y no quiero que usted la estropee.

Bruscamente, cambió de entonación. Y mirando fijamente a la muchacha, la previno:

—No toque el teléfono, preciosa. O tendrá que lamentarlo.

Sin perder un segundo, Barton empujó la puerta de cristal esmerilado y avanzó por el pasillo.

Recordaba perfectamente la distribución del local, y empujó con fuerza una ancha puerta, marcada con las palabras «STUDIO. NO ENTRE».

Entró.

Aunque iba prevenido para lo que podía encontrar allí dentro, Barton se quedó materialmente sin respiración, al penetrar en el estudio y dirigir una ansiosa ojeada a las personas que allí se hallaban.

Ni qué decir tiene que su mirada se sintió inmediatamente atraída por la silueta femenina que descansaba en lánguida postura sobre la arena dorada de una playa fingida.

La mujer era Nelly Murray, sin duda.

Se encontraba tan desnuda como su madre debió traerla a este desdichado mundo.

Y parecía encontrarse a sus anchas. Así, en cueros.

Barton tragó saliva, cuando sus ojos recorrieron la piel tostada de Nelly Murray.

Había vivido muchas experiencias, ¡qué duda había!, a lo largo de sus años dedicados a la policía.

Había tratado, por ejemplo, con prostitutas viejas, maduras, jóvenes... Mujeres procaces, desvergonzadas y provocativas.

Pero Nelly... Era una escultura viviente y perfecta. Desde sus cabellos grifos hasta la uña del más pequeño dedo de su pie.

Había otras dos personas en el estudio. Una de ellas era Bellman, detrás de la cámara fotográfica. Junto a él estaba otro hombre, un individuo de unos cuarenta años, robusto y fornido, que cuidaba de

la iluminación.

Bellman lanzó un gritito afeminado, al contemplar al intruso.

Pero Nelly Murray ni siquiera se conmovió. Parecía encontrarse en su elemento: ni la más leve sombra de vergüenza, ante la mirada inquisitiva del policía.

—¡Eh, usted! —vociferó el individuo encargado de los focos—. ¡Largo de aquí, estúpido, o tendrá que entendérselas con la policía! Éste es un lugar privado, ¿o es que no ha visto el rótulo de la puerta?

Barton frunció el ceño.

En cuanto a Bellman, se dirigió, con un dengue, al hombre que acababa de gruñir sus palabrotas, y dijo, apenado:

—No seas idiota, Hawk. Él es la policía.

Del fondo, llegó la risa cristalina y desvergonzada de Nelly.

—En efecto, soy el teniente Barton —dijo Ash—. Y le recomiendo que cuide su vocabulario, Hawk.

—No tiene derecho a penetrar aquí, sin autorización —protestó Bellman, con un tono tan ofendido que hubiera hecho soltar la carcajada a un muerto—. Éste es un negocio privado, autorizado y legal. Por tanto...

Nelly volvió a soltar la cascada de su carcajada procaz.

—No se trata de su negocio, señor Bellman. —Barton recalca con énfasis la palabra «señor»—. Quiero hacer unas preguntas a la señorita Murray.

Las risas de Nelly quedaron cortadas en seco.

Luego, de un brinco, se puso en pie, tomó un albornoz y se vistió apresuradamente.

Temiendo que emprendiese la huida por una de las dos puertas del fondo, el policía cruzó el estudio.

Bellman y el fornido Hawk le siguieron, expectantes.

—¿Qué es lo que tiene que preguntarme, «poli»? —inquirió Nelly, desafiante.

Sin querer, los ojos de Barton quedaron prendidos en la agresiva pujanza de su busto, velado apenas por la tela. E imaginó los miles de dólares que Nelly había obtenido, a cambio de dejar fotografiar aquel busto.

—Queda detenida, señorita Murray —dijo con voz grave. Y el gesto belicoso de la mujer se tornó en otro de alarma—. Ahora,

debo leerle sus derechos.

—¡Eh, eh...! —clamó Nelly, con voz desgarrada—. No tan aprisa, guapo. ¿De qué se me acusa?

—Por ahora, sólo es sospechosa de secuestro de una menor, *miss* Murray. Será mejor que se ponga algo más... decente. Tendrá que acompañarme a comisaría —anunció Barton, con frialdad.

Por encima del hombro del policía, Nelly envió un mudo mensaje de socorro a los dos hombres que se encontraban a espaldas de Barton.

Ash interpretó aquella mirada, y se previno.

Hawk había cuadrado los hombros, y parecía encolerizado.

—¿Vamos a permitir que el «poli» se lleve a *miss* Murray, señor Bellman? —murmuró, nervioso, a punto de saltar.

—Quieto, idiota —susurró Bellman por la comisura de los labios—. ¿No has oído hablar de Ash Barton? Es un tipo peligroso.

En aquel momento, Nelly Murray comenzó a lanzar grititos histéricos. Y de un salto, trató de evitar a Barton, que no dejaba de vigilarla.

No tuvo suerte la mujer. Porque Ash alargó una de sus piernas, y la interpuso entre las de Nelly que cayó sobre la arena, exhalando un gemido. El albornoz se le subió hasta la cintura. Y con ello la sangre de Paul Ash Barton sufrió una súbita sacudida, a lo largo de su sistema circulatorio.

Simultáneamente, Hawk saltó sobre él, con los puños en alto.

Barton aguantó un golpe de refilón en la barbilla, y alzó, fulminante, su brazo izquierdo.

Él puño entró en contacto con el mentón de Hawk, le alzó algunos centímetros del piso plástico del suelo, y le derribó, rodando, a cuatro metros de distancia.

—¡Te lo dije, Hawk! —lloriqueó Bellman—. ¡Era demasiado peligroso para ti...!

Barton se pasó la mano por los nudillos de su mano izquierda, y se inclinó sobre Nelly.

—En marcha, *miss* Murray. Le advierto: no trate de huir.

Nelly le atacó de improviso, con sorprendente saña.

Sus uñas, largas y afiladas, duras, buscaron, aviesas, los ojos del policía. También sus pies, calzados con Dotas, trataron de golpear sus espinillas.

Barton gimió de dolor, y alzó un brazo inconscientemente: y la mujer salió despedida, rodó por el suelo y chocó contra la pared.

Bellman, a unos pasos de distancia, parecía dudar entre prestar sus auxilios a la mujer, o presentar sus protestas a Barton, que se llevaba un pañuelo a las mejillas para limpiar de su rostro la sangre que habían producido las uñas de Nelly.

La mujer se alzó, lloriqueando. Hawk tenía para rato: a pesar de las palmaditas que Bellman le asestaba patéticamente en la cara, el hombretón no se movía.

—¡Vamos! —Gruñó Barton, asiendo de un brazo a la mujer.

En volandas, la arrastró fuera del estudio, a lo largo del pasillo y a través del vestíbulo.

La chica Piernas Perfectas que atendía recepción, abrió una boca descomunal, al verlos desaparecer escalera abajo.

En pocos segundos, Ash Barton había cruzado la calle, y metido, a viva fuerza, a Nelly Murray en su «Toyota».

Cuando introducía la llave en el panel de instrumentos, Barton advirtió un violáceo cardenal en la barbilla de la mujer.

Como quiera que ella parecía haberse amansado y gimoteaba, oculto el rostro entre las manos, el policía se ablandó.

Sin embargo, ni un instante se dejó llevar por la atracción que Nelly podía provocar en cualquier hombre que se vistiese por los pies.

—Vamos, vamos, Nelly —dijo con voz cálida—. No soy un ogro...

Nelly le miró a través de los dedos de la mano con que cubría su rostro, con redomada astucia.

—Verás, Nelly —insistió el policía con su tono más amistoso—. Alguien ha asegurado, no importa quién, que recogiste a una niña en tu «Rambler», hace unos dieciséis días, frente al restaurante DeBeere. La niña ha desaparecido. Y yo quería hacerte unas preguntas respecto a ello.

De repente, Nelly apartó las manos de su bello rostro, y dijo:

—Es cierto. Yo recogí a la niña.

Ash Barton se atragantó.

CAPÍTULO VIII

Monroe estaba fatigado. Las venas de su cuello se habían hinchado, y sus párpados aparecían más congestionados que nunca.

—Voy a entregársela al fiscal —dijo, cuando hubo apurado su décima taza de café.

Eran las cuatro de la tarde. Ash Barton tenía el estómago vacío, y se sentía tan fatigado como el capitán Monroe.

Eran muchas horas interrogando a Nelly Murray, ante la presencia de su abogado, un hombre enteco y testarudo, llamado Malcolm.

Nelly se había limitado a declarar que aquella niña, *Gin-Belle*, le había pedido que la llevara en su coche hasta el colegio. Y que le gustaban tanto los niños, que no se había resistido a la súplica de *Gin-Belle*.

—La dejé ante la verja del colegio —había repetido Nelly, mil veces—. Le di cincuenta centavos para que se comprara una bolsa de

pop-corn,

y la besé. Después seguí hacia mi domicilio, en Gardens Street.

Cuatro policías se habían turnado en el interrogatorio, interrumpido constantemente por las invocaciones legales del abogado Malcolm.

Barton había salido, en una ocasión, de la habitación donde se interrogaba a *miss* Murray, arrastrando consigo al capitán Monroe.

—Miente —declaró, rabioso—. Repite, palabra por palabra, la misma versión de los hechos. Como si se la hubiera aprendido de memoria o... alguien la hubiera asesorado.

—Podemos enviarla al fiscal —propuso Monroe, cansado—. Tenemos el testimonio de Tom DeBeere...

Barton rió secamente.

Comprendía el cansancio de Monroe. Muchas horas al frente de la estación de policía. Y en su casa, su esposa diabética, condenada a morir en un plazo que ni siquiera los médicos que la trataban se atrevían a pronosticar.

—DeBeere ha huido —anunció Ash—. Vi su establecimiento cerrado, cuando venía hacia aquí. Tenía miedo. Ha preferido escapar.

Ahora, a las cuatro de la tarde, el abogado Malcolm se desgañitaba exigiendo que se pudiese en libertad a Nelly Murray, si nada podía probarse contra ella.

En su despacho, Monroe miró a Barton con cierta ansiedad.

—Entonces... ¿qué podemos hacer, Paul? —preguntó. Y parecía ansioso por volver a su casa de Lennox, donde su mujer no podía cuidar de su hijo, Jim.

—He estado pensando en ello, señor. Podemos exculparla, librarla de todo cargo, y dejarla en libertad —respondió, al fin.

—¿Estás loco, Paul? Creo que ella es culpable...

—Pero no podemos demostrarlo. ¡No tenemos pruebas! Dejemos ir a Nelly libremente... ¿Desconfía, señor? Déjelo de mi cuenta. La tendré bajo vigilancia... Estoy seguro de que Nelly se perderá por sí misma...

—Pero el fiscal...

—No se la ha procesado por secuestro, ¿no? Lo que significa que, en el momento en que obtengamos pruebas de convicción contra ella, podremos enviársela al fiscal —razonó, vehemente, Barton.

—Está bien, Paul. Haga lo que crea conveniente.

Ash se separó del capitán Monroe, y se reunió con los policías que interrogaban a Nelly Murray.

—Vamos, vamos, lárguense —exclamó, falsamente encolerizado—. ¿Es que quieren aplicarle el tercer grado?

Los hombres abandonaron la habitación, y Barton se quedó a solas con Nelly Murray y el abogado.

Sacó un paquete de cigarrillos, dio uno a la mujer, y le ofreció fuego con su mechero dorado.

Nelly tomó el cigarrillo, con la desconfianza marcada en su rostro bellísimo.

Sin embargo, aspiró con ansia el humo, mientras Ash Barton prendía fuego a otro cigarrillo.

—Lo siento, Nelly —confesó el policía—: Creo que nos hemos equivocado.

Miró a Malcolm, que esperaba junto a la ventana como un ave rapaz al acecho, y dijo:

—Por supuesto, señor Malcolm, tiene usted derecho a entablar cualquier acción legal contra mí, por haber detenido e interrogado a su cliente... sin tener pruebas concluyentes en su contra.

Malcolm se volvió de un respingo.

—¿Quiere decir que... la dejarán libre? —preguntó, esperanzado, aunque procuraba disimular su ansiedad.

—Así es. Bueno... creo que ha habido un malentendido con *miss* Murray. Pero la policía tiene que estar...

—No se fatigue —respondió Malcolm enseguida—. Sé, por experiencia propia, cómo se conducen algunos policías. ¿Vamos, señorita Murray?

Antes de que Barton hubiera dado la segunda chupada a su cigarrillo, Nelly y su abogado habían abandonado la habitación.

Entonces, Ash tiró al suelo su cigarrillo, lo aplastó con el tacón, y salió al pasillo.

—¿Ya? —preguntó el capitán Monroe, que le aguardaba.

—Ya —respondió Barton—. Yo me ocuparé del resto.

Penetró en la sección de radio, y pidió al operador que se comunicase con la central de auto-taxis del distrito de Harlem.

—Pregunten en qué parada se encuentra Chips Warrens, de servicio —pidió.

Su idea era que Chips, buen conocedor de Harlem, se pusiese tras los pasos de Nelly Murray, puesto que él mismo, Barton, quería emplear su tiempo en realizar otras gestiones.

El operador tardó poco más de dos minutos en darle la respuesta.

—Chips no pertenece ya a la compañía de auto-taxis. Le han despedido.

Barton frunció el ceño. ¿Chips, despedido?

Aunque tenía el estómago vacío, salió a la calle y se acomodó tras el volante del «Toyota».

Poco después, frenaba al final de una callejuela, frente a un solar

que servía de chatarrería.

Al poner el pie en la acera, se quedó mirando al hombre que vendía mecheros.

Era el mismo individuo, barbudo y con gafas oscuras, de pasos inseguros como un inválido, al que había estado a punto de derribar aquella misma mañana, al abandonar la sucursal bancaria.

Se quedó rígido, pensando si era posible que aquel hombre se encontrase en un punto tan distante del que le había encontrado aquella mañana.

A punto estuvo de interpellarle, de volver hasta la esquina e interrogar al vendedor de mecheros.

Finalmente, olvidó la cuestión, encogiéndose de hombros. ¡Había tantos individuos como aquél, en Harlem...!

Avanzó hasta el solar y lo cruzó. Al otro lado de la chatarrería estaba la casa de Chips.

Subió por una oscura escalera hasta la tercera planta, y pulsó el timbre. Poco después, le abrió la señora Warrens, madre de Chips.

—Ah, señora Warrens, no sé si me conocerá. Soy Paul Barton, teniente detective. ¿Puedo ver a Chips? —saludó.

—¿Cómo no conocerle, señor Barton? —respondió la gruesa mujer—. Mi hijito tiene siempre su nombre en los labios... No hay un día que no hable de Ash Barton, señor. Pero pase, por favor. Chips está muy disgustado. Y tiene razón: le han despedido de su trabajo. Por desgracia, señor, el sueldo de Chips es lo que lleva adelante esta casa. Somos seis personas. Mi marido murió...

Las quejas de la señora Warrens no era nuevas. En Harlem, todo era miseria. O casi todo.

Chips tardó unos minutos en salir. Estaba durmiendo.

Pero cuando vio al teniente Barton en el pobre comedor de su casa, el entusiasmo brilló en sus ojos.

—¡Teniente! —exclamó, jubiloso—. Usted, aquí..., ¡nunca lo hubiera imaginado! Mamá me dijo... «tienes visita». Pero no podía imaginar...

—Vamos, Chips, siéntate. Pasaba por aquí. He querido charlar un rato contigo —dijo Barton.

—No mienta, por favor —saltó, veloz, el joven—. Sé por qué ha venido. Me despidieron. Y usted...

—¿Por qué, Chips? ¿Por qué te ha despedido...?

—No lo sé. Le he dado muchas vueltas a ese problema, en mi cabeza. He cumplido siempre, y he obtenido una recaudación muy superior a otros taxistas de la compañía. Hoy, de madrugada, cuando dejé el taxi en la central, Newcomb, el encargado, me retuvo cuando me marchaba. «Pasa por la oficina», dijo. «Te entregarán, tu liquidación y una pequeña gratificación».

Barton reflexionó unos instantes.

¿Era muy arriesgado deducir que Chips había sido despedido de la empresa de auto-taxis, por haberle prestado su colaboración la noche anterior?

Rechinó los dientes de cólera. Sí, en Harlem ocurrían cosas así: los maleantes se unían entre sí, formando un círculo de hierro, que estrangulaba a cuantos estorbaban a sus planes.

Puso una mano sobre el duro hombro del joven, y dijo:

—¿Querías trabajar para mí durante unos días, Chips? Más tarde, me encargaré de que obtengas un buen trabajo.

La expresión del muchacho se animó.

—¿Trabajar para usted, teniente? ¡Vamos! Dígame qué tengo que hacer —pidió, ansioso.

—Te daré dinero para que alquiles un coche. Sólo tendrás que hacer una cosa: seguir a una mujer, llamada Nelly Murray, anotar sus idas y venidas, las personas a las que visita y las que le visitan. Cualquier contacto que tenga con otras personas, ¿comprendes?

—Conozco a Nelly. Es la chica que aparece desnuda en las portadas de algunas revistas.

—Justamente. Aquí tienes cincuenta dólares, Chips. Alquila el coche y haz tu trabajo. Cobrarás tu jornal. Pero ten cuidado... Debes evitar que la Murray advierta tu vigilancia.

—Déjelo en mis manos. Sé cómo hacerlo, teniente.

—Lo sé. Cualquier información que obtengas, debes pasármela a comisaría. Yo llamaré allí, con frecuencia. Y ahora, debo irme, Chips.

El muchacho le acompañó hasta la calle. Barton recordó al vendedor de mecheros, y miró a un lado y otro del sucio solar. Pero el hombre había desaparecido.

Decidió volver a su apartamento del parque, y tomar un bocado.

En el buzón postal había una carta. Abrió, la cogió y subió al apartamento.

Ya en casa, rasgó el sobre, y leyó con cierta sorpresa.

«Querido Paul:

»Por fin he conseguido volver a encontrarte, después de casi diez años. ¿Es posible que no tuvieras interés alguno en relacionarte con tu viejo camarada de Vietnam?

»No ocurre lo mismo conmigo: jamás podré olvidar que vivo gracias a un tipo llamado Ash Barton.

»Me he permitido hacerte un pequeño regalo: ordené a mi abogado que saldase tu deuda con el Banco. No, no tienes que agradecermelo. Mis negocios marchan bien, y tú, en cambio, apenas percibes un pobre sueldo.

»Siento cierta nostalgia de los viejos tiempos, Paul. Me gustaría que volviéramos a vernos. Para ello he organizado una pequeña fiesta para el próximo día veintitrés de diciembre en el hotel Credential. Asistirán algunos amigos y bellas mujeres. Habrá alegría, música y champaña.

»No dejes de asistir, Paul.

»Amistosamente,
Samuel P. Levine».

CAPÍTULO IX

La hoja de papel resbaló entre sus dedos. Absolutamente distraído, Ash se inclinó, y recogió la carta del suelo.

¡Levine!

Sam tenía razón: hacía mucho tiempo que no se veían. Y, desde luego, por culpa del mismo Barton.

Claro que a la vuelta de Asia, ya licenciado, Barton había averiguado algunas cosas desagradables, relacionadas con Sam Levine.

Por ejemplo: Stonewall Levine, su padre, explotaba en Harlem una red de caros y elegantes prostíbulos, y otras cosas menos confesables.

Levine padre se había hecho rico explotando a las más bellas mujeres de color, que ofrecía, en cómodos y discretos apartamentos, a los adinerados hombres blancos de Nueva York.

El negocio estaba perfectamente arropado, bajo la apariencia de salas de arte, talleres de alta costura, etcétera. Porque Stonewall Levine era un hombre muy cauto.

Cuando Sam volvió de Vietnam, su padre decidió incorporarle definitivamente a sus negocios. Y así Sam se había convertido en el gerente de las Levine Enterprises Limited.

Por eso Barton, que estaba decidido a reanudar su amistad con Sam, decidió dar por zanjada aquella relación.

Según sus noticias, los Levine se habían arruinado cuando, dos años atrás, la policía federal desarticuló su red de prostíbulos.

Resultaba extraño, entonces, que Sam Levine pudiera desprenderse alegremente de dieciocho mil dólares para regalárselos a Paul Barton.

Por otra parte, Barton desconfiaba de la sinceridad de Sam

Levine.

Era cierto que Ash le había salvado la vida, allá en Vietnam. Y también que Sam le había prometido recompensarle, cuando volvieran a Norteamérica.

Pero Barton intuía que aquel dinero encerraba una trampa, aunque ahora no pudiera ahondar en el enigma.

—«Ordené a mi abogado que saldase tu deuda con el Banco» —releyó Paul, ensimismado.

La persona que había depositado el dinero en la sucursal bancaria era el abogado Lester Jackson, lo que significaba que Jackson era persona de confianza de Sam Levine.

Así pues, se establecía una curiosa relación, de la siguiente forma:

Secuestro de *Gin-Belle*, Nelly Murray-Lester Jackson (su agente artístico). —Sam Levine—. Paul Barton.

Notando que sus ideas se embarullaban, Paul dejó la carta, y fue a la diminuta cocina, donde se preparó unas salchichas de lata y unos huevos fríos.

Comió con excelente apetito, a pesar de que se sentía confuso y malhumorado.

Tras saborear, despacio, una taza de café negro, Barton volvió a vestirse y bajó a la calle.

Permaneció unos minutos pensativo, tras el volante, contemplando los árboles cuajados de nieve.

La tarde de diciembre era fría y desapacible. No nevaba ahora, pero el aire helado que soplaba del norte, paralizaba la respiración y endurecía la nieve que lo cubría todo.

—Debo pensar con calma, mantener fría la mente —se dijo. Y recordó a Lizza, pobre Lizza, golpeada, escarnecida, llena de angustia y de soledad.

¿Y la niña? Docenas de policías la buscaban, no sólo en Harlem, sino en todo el área de Nueva York.

Por desgracia... lo normal sería que la niña apareciese muerta un día u otro, en cualquier vertedero de basuras u otro sitio semejante.

¡Podrido y salvaje Harlem...!

Había ocasiones, como ésta, en las que Barton se dejaba llevar por el abatimiento y el rencor. Y entonces decidía que lo mejor para

él sería abandonar Harlem para siempre.

Pero nunca llegaba a decidirse a alejarse del odiado y amado barrio.

—Mente fría, corazón reposado —volvió a recomendarse.

Encendió un cigarrillo. El tabaco le ayudaba a concentrarse.

A las cinco y media, anochecía ya en Harlem. La gente avanzaba por las aceras con precaución, temerosas de resbalar sobre el hielo y romperse una pierna.

—Oro —murmuró Ash, de pronto—. Lizza dijo que aquellos canallas preguntaron por unos lingotes de oro.

Si era cierto, una cantidad de lingotes de oro sólo podía provenir de robo o de un atraco.

Decidido a comprobar su idea, descolgó el radio-teléfono, y pidió a la operadora que le comunicase con la Oficina Federal de Investigación.

—Soy el teniente Paul Barton, del Precinto Catorce, en Harlem —dijo cuándo una voz de hombre preguntó qué deseaba—. Estoy interesado en saber si se ha producido recientemente algún robo de oro, en lingotes.

Ash escuchó una exclamación contenida al otro lado.

—¿Robo de oro, ha dicho? Espere un momento, Barton. Voy a consultarlo.

Un momento después, la misma voz volvía a escucharse:

—Fue a mediados de noviembre. Una furgoneta blindada, que transportaba oro en barras, desde el Federal Reserve Bank de Nueva York hacia Washington, desapareció misteriosamente. Se perdió el contacto con la furgoneta en Riverside Drive. A partir de ahí...

Según el hombre del FBI, la furgoneta había sido hallada, dos días más tarde, en el fondo del río.

Por desgracia, cuando la furgoneta fue izada por una grúa, los policías federales pudieron comprobar que el vehículo había sido forzado.

—Los dos millones de oro en lingotes del Federal Reserve Bank habían desaparecido. Según nuestra hipótesis, a la vista de los daños sufridos por la furgoneta en su carrocería, un camión debió empujarla contra el pretil hasta que el vehículo blindado destrozó la protección, y se precipitó al río.

—En ese caso... ¿significa eso que los ladrones robaron el oro

desde el fondo del río? —quiso saber Barton.

—Sí. Es un trabajo muy ingenioso y hábil. Veamos: una furgoneta tan voluminosa es algo difícil de esconder... hasta el momento de descerrajarla, ¿no es cierto? Los ladrones pensaron que el mejor escondite del vehículo sería... el fondo impenetrable del río.

Los ladrones que habían urdido aquel plan, se habían aprovechado del hecho de que la furgoneta había partido de viaje, a las seis de la mañana.

A esa hora, Riverside Drive suele estar desierto, por lo que los forajidos pudieron realizar su asalto a la furgoneta blindada, con toda impunidad.

—Después, utilizaron hombres-rana para bajar hasta el fondo del río. Hay marcas de soldadura oxiacetilénica para equipos submarinos en las planchas destrozadas de la cámara blindada. De esta forma, pudieron robar el oro con toda impunidad, a plena luz del día... bajo las cenagosas aguas del río. Y ahora que lo sabe todo, dígame, Barton, ¿tiene alguna noticia respecto a esos lingotes de oro?

Barton le contó lo poco que sabía respecto al asunto.

—Ténganos al corriente, si logra averiguar algo —pidió el hombre del FBI—. Es un asunto que nos trae de cabeza, porque no tenemos el menor indicio respecto a la identidad de los culpables. Para cualquier comunicación, pida que le pongan con el agente especial encargado, Bill Johnson.

—Así lo haré —prometió Barton, y colgó.

Se sentía sobre ascuas. Y la verdad era que la revelación que acababa de recibir justificaba su estado de ánimo.

Nada menos que dos millones de dólares en lingotes de oro. Y posiblemente, aquel oro se encontraba en Harlem.

Para Barton no era difícil establecer que Dick Maburn había colaborado en el robo de aquel oro.

Fuese como fuere, Maburn había conseguido burlar a sus cómplices, escapándose con el botín. Por eso había asegurado a Lizza que volvería, y se ocuparía de asegurar el futuro de la propia Lizza y de *Gin-Belle*, a quien consideraba erróneamente hija suya.

Pero dos millones de dólares en oro suponían unos... mil doscientos kilos.

¿Dónde había escondido Dick Maburn, más de una tonelada de oro?

Por lógica deducción, cabía suponer que los ladrones habrían transportado aquellos mil doscientos kilos de oro en una embarcación.

Pero la persecución de Maburn por parte de sus cómplices hacía suponer que Dick se habría dado buena prisa en esconder el metal amarillo en otro lugar alejado y seguro.

Barton se estremeció de frío.

Había anochecido, y Paul se había quedado helado, dentro de su coche.

Fuso el motor en marcha, y graduó la calefacción al máximo. Tras lo cual, metió la primera velocidad y arrancó.

Tenía tantos asuntos que investigar, que ni siquiera sabía por dónde empezar.

En su cuaderno-agenda había las siguientes anotaciones:

- 1. —Investigar la violenta muerte de Morton Morris.
- 2. —Hacer algunas indagaciones sobre la intoxicación por anfetaminas de su hijo Stanley.
- 3. —Interrogar al abogado Lester Jackson (no había podido conseguir una orden de detención y registro del ayudante del fiscal, Walter Cobb).
- 4. —Visitar el Golden Orange, un tugurio donde Dick Maburn tenía algunos amigos.
- 5. —Interrogar a los vendedores callejeros y a los comerciantes que operaban en la calle Ciento Veinticinco, alrededores del restaurante de Tom DeBeere.
- 6. —Visitar a Sam Levine, en su lujosa residencia de Sugar Hill.
- 7. —Acordar con el capitán Monroe, y el ayudante del fiscal Cobb, el registro de una docena de locales sospechosos.

Se decidió por Lester Jackson. Hacia las seis y diez, detenía su «Toyota» ante un moderno edificio, dedicado a oficinas.

Un negro joven y sonriente le informó que el señor Jackson acababa de salir.

—¿Volverá? —quiso saber el policía.

—Por supuesto, señor. Míster Jackson posee un apartamento anexo a su bufete —le informó el conserje.

Volvió al coche, malhumorado. El frío era tan intenso, que sólo unos minutos a la intemperie dejaren su rostro aterido.

Ya se disponía a alejarse, cuando zumbó el radioteléfono. Su comunicante era el sargento Dickens, de la estación de policía.

—¿Sí? Soy Barton.

—He grabado el mensaje que Chips Warrens ha enviado para usted, teniente. ¿Quiere que ponga en marcha el magnetófono?

—Adelante, sargento —invitó Ash.

Se oyó un leve zumbido, y luego la voz de Chips vibró, un poco deformada, en el oído del teniente Barton.

—Estoy aquí, en Littlemore Lane, frente a la lavandería Morris. Nelly Murray ha penetrado, hace apenas quince minutos, en la tienda de Job Linley, el anticuario. La seguí desde su casa y, ¿sabe con quién se reunió, poco después? Con el abogado Lester Jackson. Pasaron un rato, muy acaramelados, en el reservado de una cafetería de Richmond Street. Luego, él tomó el autobús, y la Murray siguió en su «Rambler» hasta Littlemore Lane. Voy a entrar ahora en la tienda de ese viejo Linley. Simularé interesarme por alguna de sus antiguallas. Le informaré luego.

Volvió a escucharse el zumbido. Y la voz del sargento Dickens, que advertía:

—No se retire, teniente. Hay algo más.

En efecto, un momento después, volvía a oírse la voz de Chips.

—Acabo de salir de la tienda. Linley parecía muy nervioso cuando salió de la trastienda, al oír el timbre musical de la puerta. Me hice el remolón, intentando ver a Nelly Murray o escuchar alguna conversación. Sólo pude escuchar algo semejante al llanto de una niña. Linley exclamó: «¡Esa condenada sobrina mía...!». ¿Qué le parece, teniente? La Murray acaba de salir. Veo desde la lavandería de Morris, desde donde llamo, que otro coche la sigue. Yo diría... que es un «Ford» del 66, color verde claro. ¡Voy para allá! Volveré a llamarle.

¡El llanto de una niña...!

Barton se atragantó. ¿Sería posible que se tratase de *Gin-Belle*? Dominado por la más viva agitación, gritó en el auricular:

—¡Sargento Dickens! No se retire. Ponga atención: envíe a Littlemore Lane, frente a la lavandería Morris, al coche-patrulla que se encuentre más próximo a la zona. Vamos a registrar la tienda del anticuario Linley. No diga nada: yo asumo toda la responsabilidad. Informe al capitán Monroe, y diga a los del coche-patrulla que me dirijo a Littlemore Lane, a toda velocidad.

—Okay, teniente —respondió Dickens—. Voy a hacer lo que me ordena.

Entretanto, Barton había puesto en marcha su automóvil, y se alejaba a gran velocidad.

A punto estuvo de entrar en colisión con un gran camión capitoné, al tomar la desviación de Waterman Street, pero el incidente se redujo a las maldiciones e insultos que le dirigió, iracundo, el conductor del camión.

Hacia las siete frenaba, con gran estrépito, ante la tienda de Littlemore Lane que anunciaba:

«ANTIGÜEDADES LINLEY. OPORTUNIDADES».

Y detrás de él se detuvo inmediatamente el coche-patrulla número veintidós.

Barton se reunió con los dos policías que bajaron del coche, y les informó concisamente:

—Se trata de un registro. Estén prevenidos.

La puerta de la tienda estaba cerrada y, a través de los cristales, no se veía a nadie.

Muy expeditivo, Barton destrozó un cristal de una patada, introdujo la mano y descorrió el cerrojo de acero de la cerradura, dejando el paso libre.

Los dos policías le siguieron. Uno de ellos empuñaba una metralleta.

En breves minutos, había terminado el registro. Con resultado negativo.

Barton, malhumorado, golpeaba los suelos y los muros de la trastienda, buscando hallar alguna trampilla disimulada.

Ya se volvía, decepcionado, cuando vio aquel zapato sobre una silla.

Lo tomó en sus manos, maravillado, lo miró y lo remiró, lleno de interés.

—Un número veintiséis —murmuró—. Justo la medida de calzado de una niña como *Gin-Belle*.

Estaba casi seguro de que la niña había permanecido en aquella trastienda.

Había datos, detalles que venían a dar fuerza a aquella corazonada, excluido el zapato.

Por ejemplo: la extraña desaparición de Job Linley, el dueño de aquel mísero negocio. Según Chips, el anticuario había atendido su tienda hasta una media hora antes.

—¿Qué hacemos, teniente? —preguntó uno de los policías.

Barton guardó el pequeño zapato en uno de los anchos bolsillos de su trenka, y se dirigió a la puerta.

—Esperen aquí. Avisaré al equipo de dactiloscopia. Quiero comprobar si hay huellas de la niña dentro de ese cuartucho —dijo.

Entró en su coche, descolgó el radio-teléfono, y envió su mensaje al sargento Dickens.

Pero Barton tenía otra idea: ¿quién mejor que la propia Lizza podría sacarle de dudas?

Dio el número de Lizza a la operadora y, un momento después, escuchaba la voz de la mujer en el auricular:

—¡Paul! ¿Eres tú? ¡Dios santo, he estado esperando con tanta ansiedad tu llamada...!

—Siento no haber podido llamarte antes. Pero dejemos eso ahora, Lizza. Quiero que recuerdes algo. ¿Cómo eran los zapatos que llevaba *Gin-Belle*, el día que desapareció?

—¿Los zapatos? —La desventurada Lizza se atragantaba de ansiedad—. Espera. Ya se lo dije al teniente Edgecomb: eran unos zapatos de piel de cerdo flexible, de color verdoso, cordones de nylon y suela gruesa, de crepé. Tenían un dibujo respunteado a máquina en la puntera.

Barton metió la mano en el bolsillo y sacó el zapato. Estupefacto, comprobó que todos los detalles aportados por Lizza coincidían con la pieza de calzado que mantenía en la mano.

Ahora ya no había dudas: *Gin-Belle* había sido encerrada en el cuartucho que servía de trastienda al anticuario.

—¿Qué ocurre. Paul? Te has quedado callado. ¿Qué significa tu pregunta sobre el zapato de *Gin-Belle*? —Se oyó la voz alterada de Lizza.

—No lo sé, pequeña. Pero casi podría asegurarte que *Gin-Belle* está viva. Y eso, en estas circunstancias, me parece un dato esperanzador. No desesperes, Lizza. No descansaré hasta llegar al fondo de este asunto. Te llamaré en cuanto tenga unos minutos libres. Adiós.

Esperó hasta escuchar el «clic» del teléfono de Lizza, y pidió a la operadora comunicación con la estación de policía.

—Orden de detención contra Job Linley, propietario de una tienda de antigüedades en Littlemore Lane —dictó, veloz—. Los datos de identificación constan en su ficha, pues Linley fue detenido hace algunos meses como sospechoso de vender objetos, producto de robos. Manténgame informado, y avíseme si le encuentran.

Mientras hablaba por el radio-teléfono, miraba hacia la tienda que había pertenecido a Morton Morris.

Y advirtió que el chino al que interrogara el día anterior se disponía a cerrar el negocio, demostrando cierta urgencia.

Puso el coche en marcha, y cruzó la calle y frenó junto a la lavandería, cuando ya el chino se disponía a marcharse.

—¡Espere! —ordenó, saltando fuera del coche—. No es hora de cerrar aún. ¿Por qué tanta prisa?

El hombrecillo se quedó rígido junto a la puerta.

—Tengo algo urgente que hacer. ¿Desde cuándo la policía se entromete en los asuntos particulares de los ciudadanos? —respondió el hombre, imperturbable.

—Desde el momento en que los ciudadanos se comportan de forma sospechosa, amigo —dijo Barton con sequedad—. ¿Cómo se llama?

—Charlie Wong. Tengo mis documentos en regla, y pago puntualmente mis impuestos, teniente. ¿Tiene algún motivo serio para hacerme perder el tiempo de forma tan lastimosa?

—Abra —ordenó el policía—. Quiero hacerle unas preguntas. Y en la calle, hace demasiado frío.

El chino vaciló. Sin embargo, un instante después, se volvió e introdujo la llave en la cerradura de la puerta metálica.

Barton le dejó pasar, y luego cerró la puerta tras él. Sus oídos recorrieron las estanterías, detrás del mostrador. Estaban vacías de ropa.

—Es extraño —murmuró, como si hablase consigo mismo—.

Morris tenía siempre esos estantes llenos de ropa limpia y planchada.

—Aún no he tenido tiempo de organizar el trabajo. Y sólo tengo un ayudante: un joven torpe e inepto.

Barton miró con desconfianza al chino. El teléfono estaba junto al mostrador. Y recordó que Chips había hablado, una hora antes, desde aquel mismo teléfono.

Al aproximarse, Barton advirtió unas manchas de sangre sobre la madera del mostrador. Alguien había intentado limpiarlas, sin duda, pero la reseca madera había chupado de forma indeleble parte del rojo líquido vital.

También el suelo, cerca de aquellas manchas, se veía húmedo aún.

—Manchas de sangre —dijo el policía con voz dura, mirando fijamente al oriental—. ¿Qué ocurrió?

—¿Eso? Carece de importancia. Ya le dije que mi ayudante es un joven torpe y atolondrado —respondió Wong—. Se hirió en un dedo al cargar uno de los cestos de mimbre en que transportamos la ropa. Por desgracia...

Barton dejó de prestarle atención. A través de la puerta estaba escuchando el zumbido musical del radioteléfono instalado en su coche.

Salió a toda prisa, abrió la portezuela y descolgó el aparato.

Era el sargento Dickens.

—¿Teniente Barton? Tengo una mala noticia para usted. Los policías de un auto-patrulla han encontrado a un joven herido dentro de una cabina telefónica, al final de Littlemore Lane. Se trata de Chips Warrens, según hemos podido averiguar. Acaban de llevarlo al hospital. Parece que le han dado una descomunal paliza.

CAPÍTULO X

A las ocho de la noche, Paul Barton fue autorizado a penetrar en la habitación número cuarenta de la Saint

Mary's
Clinic.

—No le fatigue —le advirtió un médico—. Warrens tiene cuatro costillas fracturadas y ha sufrido un fuerte *shock*.

Acompañado de una enfermera, Barton penetró en la habitación.

Y tuvo que morderse los labios, al contemplar al hombre que descansaba sobre una cama articulada: imposible reconocer a Chips, bajo las vendas que tapaban su rostro.

—¡Chips! —gritó, sin poder contenerse, al aproximarse al lecho—. ¡Bendito sea Dios, muchacho! ¿Qué te han hecho?

Chips movió los labios, y sus ojos destellaron, al reconocer al policía.

—Ah, teniente —murmuró con voz débil—. Creo... creo que me han retirado de la circulación por algún tiempo. No podré... servirle de mucho ahora, maldita sea.

Impulsivamente, Barton se arrodilló junto a Chips, y tomó sus manos, que acarició, estremecido.

—¡Chips, Chips, no debí encomendarte aquello! Pobre Chips, esos salvajes te han destrozado. ¿Por qué, por qué...?

Chips movió los labios con dificultad.

—Estoy bien, teniente. Unas semanas hospitalizado, eso será todo. En cuanto a su pregunta... Bien, estaba colgando el teléfono cuando alguien me golpeó en la cabeza. Debieron utilizar algo muy duro, quizá una pistola, porque sentí manar la sangre inmediatamente...

—Recuerde que el paciente no debe fatigarse, teniente —

advirtió, detrás de Barton, la enfermera.

—¡Al... al diablo! —rezongó Chips con dificultad—. Este hombre es mi amigo, el único que tengo. ¿Sabe usted que el teniente Barton me sacó del reformatorio, me avaló y me protegió hasta que tuve edad para pensar por mí mismo, enfermera?

La enfermera se retiró, malhumorada, a un rincón.

—Quizá deba marcharme, Chips. No es bueno que hables —dijo el policía.

—Puedo... hablar, teniente. No sé quién me golpeó, pero creo que fue aquel maldito chino. Me estaba observando, ¿sabe?, con excesivo interés. Al cabo de unos minutos, recobré el conocimiento. Me habían arrastrado hasta una cabina telefónica, y cuatro tipos me hacían preguntas y más preguntas. Y me golpeaban salvajemente, sin cesar. No dije nada, no tuve tiempo... porque volví a desmayarme...

Barton acarició su cuello. Su indignación era tan profunda, que apenas podía respirar.

—Descansa ahora, Chips. Aquí estás seguro. Voy a ordenar que vigilen tu habitación. Volveré a verte.

Salió, lleno de furia y de piedad.

Mientras descendía los peldaños que llevaban a la calle, pensó en lo que unos desconocidos habían hecho con el magnífico muchacho que era Chips.

No se enfrentaba a vulgares maleantes, a hampones del barrio. Ahora sabía que había dos millones en juego.

Encendió un cigarrillo, y se acomodó en el coche. Daba gusto estar allí dentro, protegido de las inclemencias del duro diciembre.

No había pensado en ello... pero de pronto tuvo la certidumbre de que la niña, *Gin-Belle* había sido utilizada como una baza en aquel juego, en el que se decidían dos millones de dólares en oro puro.

Los cómplices de Dick Maburn creían —erróneamente— que Lizza Congrill sabía dónde estaba el oro. Y para obligarla a confesar, habían raptado a *Gin-Belle*. Para presionarla, estaba claro.

Mientras conducía a lo largo de la calle Ciento Cuarenta y Tres, descolgó el radio-teléfono, y preguntó al sargento Dickens si había noticias respecto a Job Linley y Charlie Wong, cuya detención había interesado poco antes.

—Sólo una llamada de *miss*. Congrill, teniente. Dijo que fuera a verla con urgencia —respondió el sargento.

Barton se desvió por un callejón próximo, y apretó el acelerador. Pero tuvo que avanzar a escasa velocidad: las calles estaban llenas de alegres gentes cargadas de árboles de Navidad, de cestas, bolsas, cajas y paquetes de regalos para los suyos.

Contemplando aquella animación, Paul sintió nostalgia. Nostalgia de un verdadero hogar, de una esposa, de un hijo...

Y pensó que, si todo terminaba bien, si Lizza le aceptaba, se casaría con la bella mujer que unos años atrás fuera la mejor voz de Harlem.

Poco después, subía a largos trancos los peldaños que llevaban a la pobre vivienda de Lizza.

Barton se sintió observando a través de la mirilla. Luego, la puerta se abrió y el policía advirtió que ella había hecho instalar un cerrojo de seguridad.

Lizza se arrojó impulsivamente en sus brazos. ¿Cómo no besarla, si ambos lo estaban deseando?

Fue un beso ardiente y desesperado, por parte de la mujer. Un beso que tenía cierto sabor amargo e infeliz.

Luego, Ash la observó con interés, y advirtió, satisfecho, que su rostro había vuelto a la normalidad, aunque todavía se notasen los cardenales que cubrían sus finas facciones exóticas.

—¿Qué ocurre, Lizza? El sargento Dickens me envió tu mensaje —dijo.

—No sé qué pensar, Paul —murmuró ella, indecisa—. Hace una media hora que recibí una llamada telefónica. Era Dick.

—¿Dick?

—Dick Maburn. Hablaba deprisa, como si deseara terminar cuanto antes. Dijo...

—¡Habla! —ordenó Ash—. Pareces alterada por la emoción. ¿Qué te dijo Maburn?

—Se... disculpó. Aseguró que jamás había dejado de amarme. Y me pidió perdón por haberme abandonado hace unos años. Dijo que no tenía nada que ofrecerme, que estaba, por entonces, en una situación difícil y peligrosa.

—Ya —murmuró Barton, con un deje de desilusión.

—Yo quería hablarle de otras cosas. Del asalto que sufrí ayer,

por ejemplo. Pero no me dejó decir mucho. Adiviné que tenía miedo, aunque lo disimulaba...

—Es comprensible. Maburn se «largó» con dos millones en oro en lingotes, que había robado, con otros forajidos, al Federal Reserve Bank. ¿Dónde está? Debo encontrarlo: él es el responsable del secuestro de *Gin-Belle*.

—No lo sé —respondió Lizza, temblorosa.

Los ojos oscuros de Barton se clavaron en el rostro femenino marcado por los golpes.

—¿Estás protegiéndole, Lizza? —preguntó con dureza.

—¡Por Dios, Paul! ¿Cómo puedes pensar tal cosa? Me siento hundida, desesperada... ¡Daría mi vida por la pequeña *Gin-Belle*! —gritó ella.

—Está bien, está bien —exclamó Barton, comprendiendo el estado de nervios de Lizza—. ¿Dijo algo más Maburn?

—Sí. Tartamudeaba cuando me indicó que si le ocurría algo... fatal, debía mirar entre las hojas del listín de teléfonos y utilizar el boleto que había ocultado ayer entre sus hojas. Lo he buscado. Es éste.

Barton tomó el papel en sus manos.

Era un simple talón, expedido a nombre de Maburn. Figuraba también la matrícula de un yate, y la dirección de una empresa dedicada a la conservación y entretenimiento de embarcaciones de recreo.

La Nautical Corp., tenía un «Dock» cubierto en la zona portuaria dedicada a embarcaciones deportivas, muy cerca de Harlem.

Deducir que Maburn había encerrado una embarcación en las instalaciones de la Nautical Corp., no era descabellado.

Ni tampoco que en aquella embarcación se escondieran dos millones en lingotes de oro.

—Corre esa cortina, Lizza —ordenó Barton de repente, señalando la ventana que daba al patio de vecindad.

Cuando ella volvió a su lado, Barton se había decidido.

—Yo guardaré el boleto. Teniéndolo en tu poder, correrías un gran peligro, Lizza.

—¿Te marchas? Oh, Paul, me siento al límite de mis fuerzas. Y si a ti te ocurriera algo... ¡Cuídate, Paul! —murmuró, estremecida de miedo.

Barton oprimió suavemente su mano.

—Lo haré, pequeña, no te preocupes. Y escucha: son ahora las nueve y cuarto. Te llamaré a las diez y media. Si no lo hiciera, llama a este número. Corresponde al teniente Lang Edgecomb. Dile que he ido a registrar un «Dock» de la Nautical Corp. El comprenderá, ¿has entendido?

—Sí, Paul. Pero adivino que vas a correr un grave peligro —sollozó Lizza.

—¿Quién dijo eso? Se trata de una comprobación de rutina. Dentro de una hora, oirás mi voz —mintió él.

La besó fugazmente y escapó. Porque sabía que ella estaba ansiosa por hacerle preguntas que él no podría contestar.

* * *

La mujer rubia, semidesnuda, estaba acariciando, distraída, el dorado signo del Zodíaco que colgaba del pecho del hombre.

De pronto, se oyó el zumbido del teléfono. El hombre se incorporó de un brinco, y la mujer salió despedida, y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Pero el hombre no reparó en sus protestas. Había descolgado el auricular del teléfono, y escuchaba con concentrada atención.

Sus músculos faciales se tensaron, y sus ojos oscuros destellaron.

—¿Estás seguro, Ben? —preguntó luego.

—Completamente seguro. Pude verlo a través del teleobjetivo: era un boleto de la Nautical Corp. El policía se quedó con él. ¿Cree que se trata de algo interesante?

—No puedes imaginar cuánto, Ben. No perdáis tiempo. Abandonad ese lugar y venid aquí. Estaré esperándoos en el garaje.

—Okay, jefe. Vamos para allá.

La escultural mujer rubia estaba observándole con una mueca de desprecio.

—No puede ser, querido —murmuró con voz dulzona—. No puedes marcharte ahora. Estoy...

Pero el hombre la apartó rudamente de su camino, y abandonó el salón.

—¡Escorpión! —chilló la mujer, rabiosa. Y se contempló en el gran espejo con arrobo.

CAPÍTULO XI

Los muelles del puerto estaban cubiertos de nieve dura, y los neumáticos del «Toyota» se deslizaron casi un metro, bloqueados, sobre el pavimento de adoquines.

A la luz de una elevada lámpara de vapor de mercurio, Barton vio el gran rótulo que señalaba las instalaciones de la Nautical Corp.

Avanzó con cuidado hacia el alargado «Dock», temeroso de resbalar sobre el hielo y caer a las heladas aguas.

La luz no alcanzaba hasta allí, y todo quedaba en penumbras. Pero en un extremo de la construcción brillaba una lucecita.

Barton avanzó hacia allí con precauciones, y comprobó que se trataba de la cabina del vigilante.

El hombre estaba haciéndose café sobre un hornillo eléctrico. Y le miró, asustado, a través de los empañados cristales.

Barton le mostró su credencial a través de los cristales, y el hombre abrió, al fin, la puerta de la cabina.

—Teniente Barton. Debo registrar una de las embarcaciones que guardan en el varadero cubierto —explicó Ash, mostrándole el boleto.

El hombre rezongó algo entre dientes. Era evidente que no le agradaba la idea de abandonar su cómodo refugio de la cabina.

—Está bien: le abriré. La lancha está al final del dique. Discúlpeme, pero padezco de los bronquios, y este condenado frío...

Salió, tosiendo y tosiendo secamente. Y abrió el gran portalón, penetró, dio las luces y puso la llave en manos del policía.

—No le importará cerrar cuando termine, ¿eh? —Gruñó—. Yo me vuelvo a mi cabina.

Barton asintió. Y cuando estuvo solo, avanzó a lo largo del

dique.

Unas dos docenas de yates y lanchas lujosas se balanceaban sobre las aguas oscuras del recinto. Al fondo se veía el gran portalón metálico que permitía el acceso de las embarcaciones desde el puerto.

Al final del dique, como había afirmado el vigilante, se encontraba la lancha

ECC-0024.

Era una bella embarcación a motor, de unos ocho metros de eslora, de cabina cubierta.

Salto sobre la cubierta de popa, y advirtió, sorprendido, que la escotilla estaba abierta.

Era extraño. ¿Cómo había cometido Maburn tal desliz... si era cierto que escondía en la lancha el oro robado al Banco federal?

Comenzó a registrar a fondo, meticulosamente. Desde la trampilla que alojaba el motor hasta el pequeño camarote con litera.

Finalmente, se detuvo. Desalentado.

No comprendía la importancia del boleto que Dick Maburn había confiado a Lizza. ¿Existía alguna pista concreta?

Dio un nuevo repaso a la cabina, buscando algo indefinido: una anotación, una etiqueta, un documento que le orientase.

Tropezó, de pronto, con la pequeña alfombra de moqueta que cubría el piso de la cabina, y estuvo a punto de golpearse de cabeza contra el panel de instrumentos.

Bajo la alfombra apareció un cristal cuadrangular de medio metro de lado. ¿De qué se trataba?

Una simple lancha dotada de un visor para contemplar el fondo del mar. Incluso había un interruptor, alojado en un huequecito.

Barton lo oprimió, y el fondo del dique quedó iluminado por un potente foco, que debía estar instalado en la quilla de la embarcación.

Barton lanzó un incontinente grito de asombro. En el fondo del dique podía verse una red... repleta de lingotes de oro.

Excitado, inclinó la cabeza para salir a la cubierta de popa.

El hombre que había estado observándole a través del cristal de la escotilla, alzó la pistola en alto, y le golpeó salvajemente en la nuca.

Transcurrieron quince, treinta minutos.

Barton, que había sido transportado al muelle, lanzó un gruñido de dolor, y abrió los ojos.

Junto a él, observándole con una sonrisa cínica en los labios, estaba un hombre muy elegante y apuesto.

Be su cuello, balanceándose levemente, colgaba el macizo signo de Escorpión en oro, incrustado de diamantes.

Una exclamación brotó de los labios del policía:

—¡Escorpión! Tú eres Escorpión..., querido Sam.

Levine lanzó una carcajada.

Tenía una metralleta entre las manos y un cigarrillo en los labios.

Sus ojos brillaban, duros y crueles. Cerca, se oía un chapoteo... ¡Varios individuos estaban izando, del fondo del dique, la red llena de lingotes de oro!

—Soy Escorpión, ¿lo habías olvidado, viejo amigo? —se burló Levine, mostrando su blanca dentadura—. ¡No te muevas! Descansa, Paul. Ahí estás bien. Terminaremos en pocos minutos. Ah, y gracias, mil gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué, maldito seas?

Barton se había alzado sobre un codo. Y presionando con un brazo sobre la axila, comprendió que le había despojado del revólver.

—Por guiarnos hasta aquí, mi viejo amigo. Algunos de mis hombres vigilaban la casa de tu adorada Lizza. Ben tenía un teleobjetivo muy potente, y pudo leer el boleto que ella te entregaba. Confieso que dudo mucho de que nosotros hubiéramos descubierto, además, que Maburn había arrojado el botín al fondo del dique. Pero tú, mi viejo héroe, me has facilitado mucho las cosas.

Barton rechinó los dientes.

—Adivino muchas cosas ahora, Sam. Fuiste tú quien asesinó a Morton Morris, ¿verdad?

—Oh, no. No me ensucio las manos con esas cosas. Fue Humphrey, uno de mis chicos. El infeliz Morris tuvo la mala suerte de estar curioseando en la puerta de su lavandería, cuando mis chicos bajaban a la niña de un coche para introducirla en la tienda de Linley, que se había prestado a ocultar a *Gin-Belle*, a cambio de

una respetable cantidad de dinero.

—¿Y...? —jadeó Ash, sintiendo un horrible dolor de cabeza.

—Humphrey advirtió que Morris descolgaba el teléfono. Humphrey es muy desconfiado, de modo que entró en la lavandería y se encargó de Morris. Se le fue la mano, eso es todo.

—Pero su hijo, Stanley...

—Estaba en la lavandería, y lo vio todo. Afortunadamente, yo llegué en ese momento, cuando Humphrey se disponía a estrangular al chico. Decidí que era mejor hacerle ingerir un tubo de anfetaminas, de las que siempre llevo en el bolsillo, pues me van muy bien, cuando estoy deprimido. Hubo que meterle en la boca una petaca de *whisky* para hacerle tragar los comprimidos, pero lo conseguimos. Fue una pena que se recuperara...

Barton se incorporó, furioso. Pero Levine le devolvió a tierra, de una patada en la barbilla.

Los hombres que trabajaban en la lancha habían terminado su trabajo.

—¿Dónde... dónde está la niña? —preguntó el policía, jadeante.

Un hombre saltó desde la lancha al muelle. Era Lester Jackson, el abogado.

—No se lo digas, Sam —exclamó.

—¿Por qué no? —rió Levine—. *Gin-Belle* está... en un piso del mismo bloque donde vive tu adorada Lizza.

Ingenioso, ¿verdad? La niña se encuentra al otro lado del patio, apenas a unos metros. Pero su madre llora desconsolada, ¿no es cierto, viejo amigo? Se trata del piso que alquilamos para poder vigilar a Lizza...

—Supongo que tu confesión significa que vas a matarme... —insinuó Ash.

—No lo sé... Puedes ensayar una súplica, puedes arrastrarte. O incluso invocar que me salvaste la vida en Vietnam, Paul. ¿Por qué no lo haces?

Barton trató de alcanzarle con un escupitajo. Fracásó.

—Eres un verdadero... escorpión, Sam. Una alimaña mortífera y maligna, un animal carente de cualquier sentimiento. Pero no te suplicaré por mi vida.

—No es necesario —se burló Levine—. En realidad, no podría matarte. ¿Cómo asesinar al hombre que me salvó la vida? Por

desgracia, no podré hacer lo mismo con Lizza y con la niña, sería demasiado complicado, Paul. Mi seguridad exige que las sacrifiquemos...

—¡No te atreverás a hacerlo, Sam! Ellas nada saben —gritó Barton.

—No lo haré... todavía. Sé que el idiota de Maburn irá a ver a Lizza, un día u otro —confesó Levine—. ¡Ese cerdo traidor...! Intentó robarnos...

—Quien roba a un ladrón... —dijo Barton, ácido.

Su comentario le valió un patadón en el pecho, que le cortó la respiración.

—No te pases de listo, viejo. En cuanto a Maburn, acudirá a casa de tu idolatrada Lizza, y allí estarán mis hombres para darle su merecido. Después...

Lester Jackson parecía inquieto.

—No perdamos el tiempo, Sam. Si viniera alguien...

—Cállate —gruñó Levine, molesto por la interrupción—. Nadie puede sorprendernos: la puerta de entrada está cerrada. Dentro de un momento, abriremos el portalón de salida al puerto, y transportaremos el oro en la lancha que alquiló Maburn, hasta lugar seguro. Pero ahora...

Barton alzó una mano con esfuerzo.

—Un momento, Sam. Dijiste que no ibas a matarme...

—¿Cuáles son tus planes para conmigo? —preguntó, sin que su voz vibrase.

Antes de responder, Escorpión Levine tragó un par de comprimidos del tubo que sacó de un bolsillo. Anfetaminas, seguramente.

—Me has causado un grave problema, Paul. Quedé arruinado cuando tus amigos, los federales, destrozaron mi negocio. Tuve que ingeniármelas para sobrevivir. Y así ideé el asalto a la furgoneta del Federal Reserve Bank. Pero tú empezaste a molestarme con zumbido de mosquito... No puedo matarte, pero debo anularte, Paul.

—¿Cómo?

—Tu curiosidad es inagotable, Paul. Quieres saber y saber. Curioseas, observas y espías siempre, ¿verdad? Pues bien, lo sabrás. Tengo un amigo. Es un neurocirujano. El sabe muchas cosas acerca

del cerebro, y es todo un profesional..., a pesar de que le expulsaran del colegio de médicos y le retiraran la licencia para ejercer...

—No comprendo. ¿Qué significan tus palabras?

—Eternamente curioso... hasta el final, viejo héroe. Si hubieras aceptado mi regalo, si te hubieras olvidado de mí... —Gruñó Levine, lleno de frío rencor.

—Termina de hablar —exclamó el policía—. ¿Qué es lo que ha elaborado tu tortuosa mente, Escorpión?

—Es fácil. Mi amigo te convertirá en un amnésico para siempre. No recordarás nada de lo que has vivido hasta ahora, serás como un niño lanzado de repente a un mundo desconocido. Quizá entonces me decida a depositar una pensión vitalicia para que puedas vivir en un centro para inválidos mentales...

Excitado hasta el paroxismo, Barton se comportó como un suicida. De un salto intentó agarrar la metralleta de Levine, despojarle del arma.

Un culatazo en el rostro le arrojó, rodando sobre el muelle.

—Abrid el portalón de salida al puerto —gritó Escorpión Levine.

Uno de sus pistoleros corrió hasta el extremo del dique. Por debajo del portalón metálico penetraba el reflujó del mar.

Barton arrojaba sangre por la boca, a chorros. Pero no había perdido el conocimiento. Y al escuchar aquella exclamación, Paul alzó la cabeza.

El pistolero de Levine retrocedía de espaldas, mientras el portalón se alzaba con un chirrido, accionado por un motor eléctrico.

Un extraño individuo barbudo acababa de penetrar por el hueco del portalón, y cubría con su metralleta a los hombres de Levine.

—El vendedor de mecheros —murmuró Barton, atónito.

—¡Maburn! —rugió Levine, rabioso.

—No es necesario aconsejaros prudencia —exclamó Maburn, alzando la voz—. Tira esa metralleta, Sam.

Levine vaciló. Era un cobarde. No confiaba en alcanzar a Maburn antes de que el barbudo le alcanzase a él. Y soltó el arma. La metralleta rebotó sobre el piso de hormigón, a pocos pasos de Barton.

De repente, uno de los hombres que permanecía en la lancha se agachó con rapidez. Maburn empezó a disparar.

Se oyó un gemido agónico. Las balas zumbaban en todas direcciones, cuando Sam Levine se arrojó a tierra.

La metralleta quedó a mitad de camino, entre Barton y él.

Levine rió locamente a carcajadas, y reptó sobre el húmedo piso. Casi tocaba la culata con sus dedos cuando las balas de la metralleta de Maburn picotearon el suelo, y le segaron la espalda.

Levine se agitó en un espasmo, mientras Barton agarraba la metralleta.

—¡Quietos! —rugió, enloquecido, levantándose de un brinco.

Pero no había nadie que pudiera obedecer su orden. Lester Jackson yacía con el pecho ensangrentado, al borde del dique. Y en la lancha podían verse varios cuerpos rotos, yaciendo desordenadamente sobre la cubierta de popa.

Sólo estaban él y Maburn, que trataba a toda prisa de meter un nuevo cargador en su metralleta.

—¡Maburn! —grito Barton con su voz poderosa—. Le tengo encañonado. Si alza el cañón de su metralleta... será lo último que haga.

Maburn quedó rígido, encorvado. Parecía digerir con dificultad la advertencia del policía.

Transcurrieron diez segundos.

Barton tragó saliva. No quería matar, odiaba matar... Pero si Maburn elevaba su metralleta, no tendría más remedio que disparar.

El arma golpeó sonoramente sobre el piso. Y Maburn avanzó con los brazos en alto.

—No quiero morir —murmuró con voz enronquecida—. Estoy seguro de que Lizza y mi hija esperarán hasta que salga de la cárcel.

Barton relajó sus nervios y se incorporó. En pocos segundos, había sacado un par de esposas de su bolsillo, y las apretaba sobre las muñecas de Dick Maburn.

En el suelo, Levine se movía aún. Lentamente, como un escorpión al que acabasen de aplastar.

Paul consultó su reloj. Eran las diez cuarenta minutos de la noche.

Si Lizza había transmitido su mensaje a Edgecomb, si el teniente no se encontraba empapado en *whisky*, como siempre, unos minutos más tarde la policía llegaría al puerto de embarcaciones deportivas.

—Vaya hacia la puerta —ordenó a Maburn—. Y sitúese a un lado. Así.

Apenas acababa de abrir la puerta Barton, cuatro hombres se precipitaron adentro.

Allí estaba Lang Edgecomb, con una metralleta en las manos, decidido y... sobrio, por una vez en su vida.

—Llévense a este hombre —ordenó Barton—. Y llamen a una ambulancia. Hay varios muertos. Quizá Levine pueda salvarse, si nos damos prisa.

Los policías corrían a lo largo del muelle, cuando Barton se aproximó a Edgecomb, oprimió su mano y murmuró:

—Gracias, Lang.

Los ojos de alcohólico de Edgecomb se humedecieron.

—Gracias a ti, viejo amigo. Por una vez, he tomado parte en una meritoria acción policíaca. Y no he bebido una sola gota de *whisky* desde que... Bien, tú ya sabes, Paul.

Pero Barton corría ya fuera del «Dock». Su pensamiento estaba puesto en *Gin-Belle*, quizá muerta de miedo en su encierro.

CAPÍTULO XII

A las once de la noche, el capitán Monroe y el teniente Barton descendieron a la calle.

—Paul... —llamó Monroe, al ver que Barton se dirigía a grandes zancadas hacia su coche.

—¿Qué, capitán? —Ash se detuvo en mitad de la calzada.

—Todo irá mejor, ahora, en Harlem. Habrá menos gangsters, la gente podrá vivir y progresar más tranquila —dijo Monroe, tomándole de un brazo.

—Eso espero —respondió Paul, hermético.

—Ya sabe que dentro de un año me jubilo. Y no hay otro oficial de policía en Harlem que pueda ocupar mi puesto con más merecimientos que usted —insistió Monroe.

—Es muy probable —murmuró el teniente, inexpresivo.

—No lo comprendo —dijo el capitán—. Otro hombre cualquiera se sentiría Heno de orgullo, de satisfacción. Pero usted...

Barton aguardaba, inmóvil. Y lo hacía por respeto a Monroe.

—Ha sido una hermosa noche —seguía diciendo Monroe—. Hemos devuelto una criatura a su madre adoptiva, hemos reintegrado dos millones en oro al Federal Reserve Bank. Los federales estuvieron muy cordiales con usted, Paul. Y eso...

—¡Al diablo todo! —estalló, de improviso, Barton—. Todo eso no me importa, ¿no lo comprende? Yo esperaba pasar estas Navidades con Lizza... Pero cuando le dije que Dick Maburn estaba vivo... pareció muy emocionada. Ella ama a Maburn, está claro. Sí, hubiera sido demasiado bello para un negro como yo, demasiado bueno para Barton.

Monroe se sintió impresionado por su violento y fogoso estallido. Y de pronto, rompió a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó irrespetuosamente Barton.

—Me río de su ingenuidad, Paul. Porque Lizza no quiere a Maburn. Simplemente, se sintió emocionada al saber que usted, Barton, no había matado a nadie en la refriega del puerto. Si quiere saber cuáles fueron sus últimas palabras, cuando ella abandonó la comisaría, las repetiré para usted: «Dígale a Paul que estaremos esperándole impacientes».

—¿Eso dijo? —preguntó el hombretón con cómica ansiedad.

—Ése fue su encargo. Y ahora, ¿qué espera para reunirse con ella, a toda velocidad? —exclamó Monroe.

—Esto, señor —murmuró Barton. Y le abrazó, agradecido.

Minutos después, atravesaba Harlem velozmente. Las calles del barrio eran demasiado estrechas para su coche.

—Despacio —se recomendó—. Debes llegar entero a su casa.

Lizza le abrió la puerta sin mirar a través de la mirilla. Junto a ella, estaba la pequeña *Gin-Belle*, admirada al reconocer al policía que la había liberado media hora antes.

—¡Es él, mamá! —gritó la niña. Y se ruborizó intensamente.

Lizza le tendió las manos, y Barton la estrechó contra su corazón.

—Es el más maravilloso regalo de Navidad que podía recibir —dijo ella, con los ojos húmedos—. Ella: *Gin-Belle*. Y la has traído tú, Paul.

Barton no se atrevía a besarla delante de la niña, pero su corazón, sus sentidos, le impulsaban ardientemente a ello.

Entonces, Lizza aproximó sus labios y le besó tiernamente. Barton, que se sentía embargado por una extraña y palpitante dicha, vio que Lizza se volvía a la niña, y advertía suavemente:

—Nada del otro mundo, *Gin-Belle*. Dentro de unos días, este hombretón se convertirá en tu padre. No te importa que le bese otra vez, ¿verdad?

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Ash: ceniza. Alusión al color ceniciento de la piel de muchas personas de color. < <

[2] Tipo elegante, petimetre, por alusión a la vestimenta, que se llama majagua en un dialecto afro-cubano. < <

[3]

M'Mgambo:
el Diablo, en un dialecto africano. < <